

AGENTE A LA TIERRA

L. G. MILK

Agente a la Tierra
L. G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/319

CAPÍTULO PRIMERO

Es curioso.

Durante millares de años, la humanidad terrestre se ha esforzado por borrar las desigualdades sociales.

El objetivo se ha conseguido; prácticamente, nadie tiene más que otro, excepto por lo que pueda proporcionarse por sí mismo, debido a su inteligencia, habilidad, buena fortuna o como quiera llamársele, o bien cualquier otra circunstancia personal, independiente por completo de lo que conceden las leyes. Pero ningún hombre de la Tierra puede decir hoy que no es libre.

Excepto los que no vivimos en la Tierra, los que fuimos vendidos como esclavos y los que siguen siendo esclavos, propiedad de otras personas, tan propiedad como pueda serlo el calzado que usan o el filete que acababa de introducir en su estómago.

Lo digo por propia experiencia: fui vendido como esclavo y durante casi diez años pertenecí a un hombre. Luego, este hombre murió y yo fui «libertado»... si es que libertar a un esclavo puede llamarse al hecho de pegarle un puntapié en salva sea la parte y enviarle a que se las arregle como pueda; siempre que no abandone ya jamás, en los días de su vida, la ciudad donde residía el hombre que fue su dueño.

Ésta era mi situación cuando se inicia la presente historia: liberto, un ser apenas un poco más, socialmente, que un esclavo, pero también lomás parecido a unvulgar y corriente perro, en opinión de los lidonianos.

¿Que quiénes son los lidonianos? Amigo, es lomás fácil de saber: son los habitantes de Lidon, un planeta que... bueno, le doy este nombre, que es falso, como todos los que aparecerán sucesivamente en la presente historia, porque los hechos que ocurrieron fueron verídicos y no tengo ganas de complicaciones ahora que ya ha

acabado todo. Esas complicaciones podrían traducirse enun puñal en el pecho y, generalizando, un jaleo de inauditas proporciones entre la Tierra y Lidon. Así que lo mejor será, como digo, dar nombres supuestos y comenzarla historia.

** *

Estaba contando las monedas que había obtenido aquel día, después de casi catorce horas de permanencia en una esquina, con la guitarra en las manos y el platillo a los pies. Cuando hubiese terminado, podría pensar en la clase de cena que iba a tomar: como de costumbre, consistiría en un pedazo de pan duro, remojado con media botella de vino y,si los ingresos alcanzaban, podría añadir tal vez un par de tiras de carne acecinada. Desde que murió mi amo, dos años antes,ésta era, casi invariablemente, mi comida de la tarde.

Ocupaba una mísera habitación enuno de los peores barrios de Viidon, una de las ciudades más populosas del planeta. La habitación estaba en el primer piso de una infecta casucha, a cuya pestilencia me había acostumbrado ya. Todos los muebles de que disponía eran una vieja silla que cojeaba, como el propietario, un camastro, las pobres ropas que llevaba encima... y mi guitarra. De pronto, cuando todavía no había terminado el recuento de mis ingresos del día, oí en la calle el ruido inconfundiblede unos cascos de caballo y el fragor de unas ruedas ferradas.

Levanté la cabeza. El carro se detuvo de pronto ante la puerta de la casa. Oí unos golpes impacientes en la madera de la puerta y luego unas voces autoritarias, contestadas por otra, más humilde y quejumbrosa, ésta perteneciente a la vieja que me había alquilado la habitación en su tugurio.

Unos pies sonaron por la escalera que conducía a mi cuarto. Precipitadamente, escondí bajo el colchón el platillo con las monedas que aún no había terminado de contar, y luego tomé la guitarra, fingiendo estar muy ocupado en examinar sus cuerdas.

Alguien propinó una patadaa la puerta y la abrió de golpe. Un hombre apareció de inmediato bajo el dintel.

Era un tipo alto, delgado, de mirada dura, nariz aquilina y rasgos cenceños, cuya expresión no inducía a contarle chistes de

ninguna clase. El tipo, que vestía muy lujoso, me estuvo mirando en silenciodurante algunos segundos.

—¿Eres tú el terrestre llamado Franz Schustel? —preguntó al fin, en tono autoritario.

—Sí, señor —contesté, poniéndome en pie en actitud respetuosa.

El hombre arrugó la nariz; era evidente que no estaba acostumbrado a respirar aquellos olores.

—Mi amo, el Muy Altoy Poderoso Katzin Ilh—Nbarhr, me envía a transmitirte una orden suya. Es ésta: da una fiesta esta noche y desea que vayas a distraer a sus invitados con tu guitarra y tus canciones. Y para que no se te ocurra resistir a esta orden, te envía por adelantado los honorarios de tu trabajo.

Metió la mano dentro de su blusa de seda escarlata, tan parecida a una túnica, y sacó algo que arrojó con gesto despreciativo al centro de la habitación. La bolsa llena de monedas cayó produciendo un sonido inconfundible.

Me incliné con respeto, pues yo era un terrestre liberto, apenas poco más que un montón de basura.

—Dile a tu amo que acudiré sin falta a su fiesta y que espero causar un gran placer a sus invitados.

Por supuesto, en el idioma lidoniano la frase era bastante más complicada de construcción y sintaxis, y en ella se derramaban cálidos elogios sobre la incomparable munificencia del no menos incomparable Katzin Ilh—Nbarhr. El hombre que me había traído el mensaje arrugó de nuevo la nariz.

—Yno te olvides de que el agua es unelemento importante para la higiene personal—manifestó en tono insultante.

Después de esto se retiró con la misma altivez que había aparecido.

Me incliné y recogí la bolsa llena de monedas con gesto harto pensativo. Katzin Ilh—Nbarhrera uno de los hombres más opulentos de Viidony una de las bases de su fortuna y posición actuales era el monopolio del comercio con la Tierra. Una remota esperanza empezó a brillar en mi pecho: ¿era aquél el momento que daba comienzo al viaje de vuelta al planeta que me vio nacer?

***

Caminé cojeandoa través de las mal alumbradas calles de los barrios bajos de Viidon. Es unmundo que uno creería absurdo, si no fuera por las experiencias propias. Hay que imaginarse a la decadente Roma neroniana, con el Foro estallante de mármoles y palacios de un lujo insultante, y la mísera Suburra, donde yacían hacinados los ciudadanos de la más poderosa urbe del globo en aquella época. Entonces, cuando uno se ha imaginado a la Roma de antaño, se le añaden de golpe todos los progresos que la civilización ha proporcionado al hombre. El resultado, por supuesto, será enloquecedor. Resulta difícil, en efecto, imaginarse a lospretorianos armados con pistolas desintegrantes, aunque, desde luego, no despreciaban las espadas que, pese a todo, seguían siendo su arma favorita. El cambio tan radical se había efectuado en apenas poco más de un siglo y, si bien habían conseguido en lo práctico adaptarse a las circunstancias, derivadas de sus nuevos conocimientos científicos, su moral e idiosinorasia eran las mismas; el espíritu es algo que no cambia tan pronto.

Abandoné el límite de los barrios bajos y salí a las grandes plazas y a las interminables avenidas, flanqueadas por enormesedificios de un lujo inaudito. Allí, la luz era mucho más abundante y podía caminarse sin temor a tropezarcon algún obstáculo inesperado. Claro que los obstáculos que uno podía encontraren la parte de Viidon donde viven los amos, suelen ser patrullas de soldados que guardan el orden; y me tropecé con una, pero cuando les dije que el poderoso Katzin Ilh—Nbarhrme había llamado, me dejaron continuar el camino sin otro inconveniente.

Atada a mi cinturón, por dentro, llevaba la bolsa con veinticinco créditos que Ilh—Nbarhrhabía juzgado precio equitativo por mis servicios de juglar. Y, por supuesto, a este capital había añadido el crédito y dieciocho centésimas que había obtenido durante el día, cantando a lo largo de las esquinas. No era cosa de dejar aquel dinero bajo el colchón; la dueña de la casa estaría registrando mi cuarto a conciencia en aquellos momentos.

El palacio de Katzin Ilh—Nbarhr se hallaba situado sobre una colina que dominaba la ciudad. Se ascendía a él por una carretera que serpenteaba entre el frondoso bosque que rodeaba a la mansión y que estaba iluminado de trecho en trecho, produciendo así un efecto singular. Mí marcha no podíaser rápida, tanto por la

pendiente como por mi cojera en el pie derecho, de forma que tardé casi quince minutos en llegar a la verja de entrada donde un par de esclavosguardaban el acceso al recinto propiamente dicho del palacio.

—Soy Franz Schustel —me anuncié —.Ilh—Nbarhrme ha llamado.

Uno de los esclavos me hizo señas de que le siguiera. Caminé a su lado, percatándome de que estaba dando un rodeo para llegar a la mansión por la parte posterior. De pronto, cuando ya estábamos a punto de alcanzar nuestro objetivo, ocurrió algo inesperado.

Una muchacha salió corriendo del bosque, a la vez que reía a carcajadas. Era alta y esbelta, de formas rotundas y voluptuosas, y cabello muy rubio, que flotaba libremente al viento. Vestía con muy poca ropa, «defecto» común a la mayoría de las mujeres jóvenes de Viidon, lo cual permitía ver las admirables líneas de su cuerpo joven y fuerte. Pasó por delantede mí como una exhalación, sin mirarme siquiera, y se encaminóhacia la casa corriendo con la gracia de una ninfa del bosque.

Un hombre salió a continuación de la chica. Era joven también, pero algo mayor que ella, unos seis o siete años; de mediana estatura, fornido y robusto, y con unas cejas tan espesas que casi parecían laprolongación del hirsuto cabello negro que le crecía en lacabeza. Corría tan ciego que estuvo a punto de tropezar conmigo al cruzar el sendero.

No le pasó nada, pero perdió el ritmo de la carrera y, naturalmente, la chica ganó la casa y desapareció en su interior. Entonces, el hombre, al ver que había fracasado, se volvió hacia míy descargó su cólera sobre mis costillas.

—¡Estúpido, cochino hijo de una perra sarnosa! —me apostrofó encolerizado—. ¿Quién te ha dado permiso para interponerte en el camino de una persona de categoría, inmundo recipiente de basura maloliente?

Largos años de esclavitud han proporcionado a mi epidermis la suficiente dureza para soportar insultos aún peores. Por supuesto, en la lengualidonianason muchísimo más ofensivos, por lo que me he limitado a transcribirlos haciéndoles perder buena parte de su virulencia. Así pues, fingiendo una humildad que estaba muy lejos de sentir, me incliné ante aquel individuo, el lujo de cuyas ropas lo

identificaban como a un importante personaje.

—Siento lo ocurrido, señor. Te suplico mil perdones; el Honorable...

El joven me interrumpió. Se acercó a mí y tomó con dos dedos el medallón que pendía sobre mi pecho y que me identificaba como unesclavo liberto, originario de la Tierra.

—Un terrestre —dijo con acento maligno—. Y, ¿qué hace aquíunnativo del planeta más odiado de la Galaxia, el mundo en el que sólo pueden nacermiserables como tú?

Contesté, con humildad:

—He sido llamado a palacio por el Honorable Katzin Ilh—Nbarhr —contesté, impávido.

El joven miró mi guitarra.

—Ah, un juglar —exclamó. Me la arrancó de las manos y, con súbito gesto, la tiró al suelo y empezó a saltar sobre ella, hasta convertirla en unmontón de astillas, mientras reía a carcajadas —. ¡Eso es loque pienso yo de les bastardos como tú! —terminóuna vez hubo destrozado el instrumento.

—Temo que lo que acabas de hacer no le guste demasiado al Honorable Katzin Ilh—Nbarhr—dije, conteniendo mi cólera a duras penas.

Sólo el pensar quepodía ser decapitado en breves horas, si alzaba mi mano contra él, me contuvo para no darle su merecido.

—¡Ese abyecto saco de grasa! —masculló en tono despectivo—. ¡Un repugnante acumulador de créditos! Me importa muy poco lo que pueda pensar, ¿comprendes, carroña? ¡Yo soy Assam Ilh—Tekir, mientras que él no es más que un vil negociante enriquecido con negocios de cuya limpieza habría mucho que hablar! ¿Te enteras, montón de podredumbre?

—Sí, señor —contesté.

Ilh—Tekir me arrojó una malévola mirada.

—Pero no puedo olvidar que soy su huésped, de lo contrario... —acarició con gesto significativo el puñal que llevaba a la cintura, después de lo cual se alejó en seguida hacia el palacio.

Y el muy bárbaro habría sido capaz de apuñalarme allí mismo sin que, probablemente, le hubiese pasado gran cosa, porque, ¿qué valor podía tener para un lidoniano lavida de un terrestre?

El pensar que tal vez un día las cosas podrían variar y entonces

me vengaría de aquel repugnante sujeto, no contribuyó tampoco a mejorar mi humor.

Cinco minutos más tarde, estaba en presencia del dueño de la mansión.

CAPÍTULO II

Era Katzin Ilh—Nbarhrun hombre gordo y monstruoso, cuya dificultad de movimientos era patente. Parecía un ser tranquilo y aficionado tan sólo a comer dulces de toda clase —siempre tenía una bandeja llena al alcance de su mano de gruesos dedos—, pero cuyos perspicaces ojos desmentían al, instante, para un hábil observador, la impresión de abulia que ofrecía al contemplarle por primera vez. Se encontraba sentado en una especie de estrado lleno de cojines, en una habitación decorada con lujo asiático, aunque no de excesivo tamaño, más bien como un cuartito de retiro para el dueño de la casa. La habitación disponía de una puerta, por la que yo había entrado, y un amplio ventanal, a través del cual podía divisarse el espléndido panorama del lago Doopli, iluminado por el brillo simultáneo de los cinco satélites de Lidon agrupados de un modo extraño en un diminuto sistema astral de apariencia singular.

Los párpados de Ilh—Nbarhr se entrecerraron al verme aparecer ante él.

—Eres el terrestre Franz Schustel—dijo, dándolopor sentado.

—Sí, señor.

—¿Por qué cojeas?

—Recibí una herida en el tobillo derecho. Era capitán de una patrullera terrestre y perseguía a una nave pirata. Nos dispararon y la nave resultó casi destrozada. Murieron casi todos mis tripulantes, excepto tres ocuatro, que fueron vendidos, como yo, en el mercado de esclavos de Lidon. La herida, mal curada, provocó mi cojera.

Ilh—Nbarhr tomó un dulce y se lo llevó a la boca.

Estuvo masticándolo durante unos segundos y luego me hizo otra pregunta.

—¿Dónde está tu guitarra? Tu fama de buen juglar ha llegado hasta mis oídos y quiero que distraigas a mis invitados.

—Señor, un hombre de la nobleza se enojó conmigo y me la

destrozó.

—¡Cómo! ¿Quién se ha atrevido a hacer semejante cosa con alguien a quien yo he contratado? —exclamó Ilh—Nbarhr, bastante enojado.

—Dijo llamarse Assam Ilh—Tekir, señor. Ilh—Nbarhr se mordió los labios, muy pensativo.

—Así que fue ese pequeño canalla de Assam —dijo. Nunca ha servido para otra cosa, excepto para torturar esclavos. —Hizo un gesto compungido—. Lo siento, no puedo hacer nada por tí, excepto proporcionarte otra guitarra lo más pronto posible. Quiero que cantes para mis invitados durante la fiesta que voya dar.

—Cumpliré tus deseos, señor —contesté, inclinándome.

Ilh—Nbarhr me estudió con atención durante unos segundos.

—Y—manifestó después de un corto silencio—, quiero que hagas también otra cosa. Precisamente, al lado de ese canallita de Assam Ilh—Tekir se sentará un hombre. —Los menudos ojillos de Ilh—Nbarhr brillaron de pronto—. Obsérvalo con sumo cuidado y cuéntame después todo lo que haga. Ven averme al terminar la fiesta. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Es obvio que tendrás una recompensa mucho mayor que la que te entregó Bretin, mi mayordomo —dijo Ilh—Nbarhr—. Y no preciso recomendartela absoluta necesidad de guardar silencio sobre esto que acabamos de tratar, Franz Schustel.

—Puedes estar tranquilo y confiaren mí por entero, señor.

—Por eso hice que te llamaran. Recuerda, a la derecha de Assam Ilh—Tekir.

—Sí, señor. Pero ese joven destrozó mi guitarra —repetí.

—No te preocupes —contestó Ilh—Nbarhr. Alargó la mano y tiró de un cordón.

La puerta se abrió casi en el acto, demasiado pronto, para mi tranquilidad, y el rostro de corneja del mayordomo Bretin se hizo visible en el acto.

—La guitarra de este terrestre fue destrozada —dijo Ilh—Nbarhr, en tono casual—. Búscale una, Bretin.

—Sí, señor —contestó el mayordomo, mirándome deun modo que me dio escalofríos,y casi en el mismo momento, un torbellino humano loapartó a un lado.

—¡Papá! —gritó la recién llegada—. ¿Qué es esto de...?

Se interrumpió de súbito al ver a un extraño en la habitación de su padre. Frunció el ceño y me dirigió una mirada reticente.

—Ah, un liberto terrestre —exclamó entono despectivo.

—Para servirte —dije, inclinándome:

Bretin estaba todavía en el umbral. Ilh—Nbarhr agitó una mano.

—Sal, Bretin.

El mayordomo abandonó la estancia, y no con gran placer. Al cerrarse la puerta, la chica se encaró con su padre.

—¿Qué hace aquí este sujeto, papá?

—Hablábamos de negocios —contestó Ilh—Nbarhr en tono voluble, engullendo a continuación otro dulce.

—Negocios... ¿con un terrestre, que ha sido esclavo? —gritó en tono irritado.

Ilh—Nbarhr me dirigió una sonrisa socarrona.

—Yanah, mi hija, esta jovencita que ves aquí, tan bonita y, a la vez, tan mal educada, posee ideas propias acerca de los terrestres. Olvida que, gracias a vosotros, no ha sido vendida ya como esclava hace tiempo, y también olvida que el grueso de mis negociosse realiza precisamente con terrestres.

—Bueno —dijo ella, un tanto confundida—. Papá, es que hay cosas que la sacan a una de quicio. Primero, este terrestre... y ahora, acabo de enterarme de que has invitado también a la fiesta al gobernador Tharam Ilh—Btaes.

—Es un personaje muy influyente en Lidon, Yanah. Me conviene estar a bien con él. Y con tu buen amigoAssam Ilh—Tekir, seguro sucesor del anterior.

Los ojos de la muchacha se dilataron por el asombro.

—¡Cómo! ¿Van a nombrar gobernador a ese imbécil de Assam? Pero, ¿a qué estúpido se le ha ocurridouna insensatez semejante?

—¡Silencio, Yanah! —tronó Ilh—Nbarhr—. No critiques las decisiones de elevadas personas que están muy por encima de nosotros. —Por primera vez le vi perder un tanto su indiferencia habitual—.Está resuelto ya que, cuando muera el actual gobernador, tu amigo Assam le suceda en el puesto. Por eso te ordeno que te vistas con tus mejores atavíos y procures comportarte como digna hija mía. Espero que sepas entender el significado de mis palabras —concluyó en tono severo.

Los bellos ojos de la muchacha despidieron destellos de cólera.

—Yluego me pedirás que acceda a convertirme en la esposa de ese saco de vicios, que es Assam, ¿no es cierto?

—Si me pide tu mano, ¿por qué no? —respondióIlh—Nbarhr—. Anda, ve a arreglarte. Los invitados no tardarán ya mucho en llegar y quiero que estés dispuesta para recibir a Tharam Ilh—Btaes.

Lajoven me dirigió una mirada iracunda.

—Al lado de esos dos sujetos, creo que la presencia de un terrestre ya no resulta tan molesta —manifestó con acento ofensivo, tras de lo cual giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta, pegando un tremendo portazo alsalir.

Ilh—Nbarhr me miró con sonrisa socarrona.

—Las mujeres —comentó, engullendo otro dulce—. Bien, espero que sabrás hacer loque te he dicho, Schustel.

—Por supuesto —contesté.

—Ven a verme cuando la fiesta haya concluido. Entonces te pagaré una buena recompensa.

—Sí, señor.

* **

La fiesta se celebró en unenorme salón de la casa, porticado, con grandes columnas de «marmoline», de un pretendido estilo dórico, con algunos detalles del lidoniano primitivo. No insistiré en la descripción de una fiesta semejante, porque quien haya oído hablar de las orgías neronianas, se figurará con facilidad lo que pasó allí.

Sin embargo, las cosas se desarrollaron normalmente durante las dos primeras horas, es decir, hasta que el alcohol empezó a dejar sentir sus efectos y a desatar inhibiciones. Cuando empezaron a producirse las primeras escenitas, subidas de color, Yanah, muy digna, desapareció, sin que apenas nadie se percatara de su ausencia.

En el centro de la vasta mesa, que tenía forma de D, los artistas contratados realizaban sus actuaciones para regocijo de los comensales. Obvio es decir que la mayoría de los artistas pertenecían al sexo femenino y eran jóvenes y hermosas. El resto lo dejo a la imaginación del lector.

Entre actuación y actuación, cantaba yo, acompañado de la

guitarra que me había facilitado Bretin.La naturaleza me ha dotado de una hermosa voz de barítono y de cierto sentido de la música, así que, en medio de todo, no coseché insultos. Algunos, hasta me aplaudieron.

Por supuesto, me fijé con especial interés en el hombre que estaba situado a la derecha de Ilh—Tekir. Era un sujeto bajo, ventrudo, calvo, que comía con la velocidad de una trituradora y el ansia de un hambriento. No obstante, pude darme cuenta bien pronto de que, aunque su forma de comer era tan genuina como su voracidad, el tipo no era un glotón.

Por supuesto, hablaba con Assam, quien parecía muy interesado, sin embargo, en conversar con una opulenta matrona pelirroja y de mirada ardiente. Pasó mucho rato, incluso Yanah se había marchado, antes de que ocurriese nada de particular.

Mientras tanto, yo me preguntaba por qué Ilh—Nbarhrme había elegido a mí para aquella misión, digamos de espionaje. ¿Era que nocontaba con sirvientes dignos de confianza? En casa de un rico como Katzin Ilh—Nbarhr había esclavos hasta para rascarle a uno la espalda. ¿Por qué no había de tener unosolo digno de su crédito?

El gobernador Ilh—Btaes presidía el banquete, junto con el dueño de la mansión. Ilh—Btaes era un sujeto provecto, de manos temblorosas y cabellos blancos, los pocos que le quedaban ya. Daba la sensación de estar con unpie en la tumba —le calculé al menos ciento sesenta años—, pero el tipo se agarraba a la vida con el ansia de un náufrago. Comía y bebía como si tuviera veinteaños y era evidente que lo que ocurría allí, fuera de un metro en torno a su sillón, no le interesaba y le tenía por completo sincuidado.

De pronto, se produjo lo esperado. Uno de lossirvientes, que transportaba una bandeja con un ejemplar de faisán lidoniano, dijo algo, muy rápidamente, al oído del calvo barrigón. Éste parpadeó un poco, en señal de asentimiento.

El esclavo se alejó. Continuérasgueando las cuerdas de la guitarra, sin quitar el ojo del gordo. De pronto, vi que éste entregaba algo a Ilh—Tekir.

No pude captar la forma del objeto que cambiaba de mano. Solo divisé unrápido destello, como si fuese una simple joya o algo por el estilo. Ilh—Tekir hizo desaparecer el objeto en el interior de sus ropas, con veloz movimiento, y luego continúogalanteando a la

curvilínea dama que tenía allado opuesto.

Pasó mucho rato, una hora, quizá más. Ya nadie hacia caso de los artistas y yo hacía tiempo que había dejado de tocar. Estaba sentado al final de la mesa, junto a una deliciosa chiquilla de pelo negro, para quien mi condición de ex esclavo terrestre parecía ser algo enervante. Al día siguiente se sentiría avergonzada de haber intentado seducirme, pero, por el momento, me estaba dedicando sus mejores sonrisas, a la vez que las más sabrosas tajadas de faisánlidoniano.

De repente, vi que Ilh—Tekir se ponía en pie de un modo torpe. Pude darme cuenta que el sujeto se sentía un tanto indispuesto y quería descargar el estómago. Entonces, de modo repentino, se me ocurrió una idea.

—Perdóname —dije a la morenita.

Yme puse en pie, fingiendo estar también embriagado.

Llevaba escondido bajo la ropa el medallón de liberto, así que no me fue difícil hacerme pasar por uno de los invitados a la boda. Además, los sirvientes estaban ya de una forma que les importaba muy poco lo que pudiera ocurrir en sus cercanías.

Caminé, fingiendo torpeza, en busca de un cuarto de baño. Atravesé una vasta sala y llegué a un corredor, cuyas luces suprimí. Al final del mismo, se hallaban dos cuartos de baño.

Me escondí en uno de ellos, dejando una rendija entreabierta. De este modo pude divisara lo lejos la vacilante silueta de Ilh—Tekir.

Esperé a que llegase a mi altura. Empujó la puerta tras la cual me hallaba yo, pero, al ver que no cedía, giró sobre sus talones y se acercó a la otra.

Entonces, abrí la puerta en silencio y me acerqué a él pordetrás. Levanté el puño derecho y lo estampé detrás de su oreja contodas mis fuerzas.

Assam Ilh—Tekir se desplomó como un buey apuntillado, sin darse cuenta siquiera de lo que le había ocurrido. Le agarré por debajo de los sobacos, antes de que cayera al suelo, y lo introduje en el cuarto debaño, depositándolo en el suelo a continuación.

Cerré la puerta y la aseguré. El tipo respiraba con normalidad, pero estaba seguro que el desvanecimiento causado por mi golpe empalmaría con el sueño producido por la excesiva ingestión de alcohol. Aquella noche, la dama de los abundantes encantos

anatómicos tendría que quedarse sin pareja.

Me arrodillé al lado del desmayado y empecé a registrarlo con rápidos movimientos, suponiendo que Ilh—Nbarhr se sentiría muy contento cuando le entregase el objeto que el calvo había pasado a Ilh—Tekir. Al fin lo encontré.

Mi asombro no conoció límites. ¡Era una vulgar sortija de oro!

La contemplé atónito durante unos segundos. No tenía nada de particular, ni siquiera estaba adornada con alguna piedra preciosa. Parecía una sortija de sello, bastante gruesa, eso sí, y con la parte del sello, que no había sido grabado, algo mayor que lo normal. Pero salvo estos detalles, a la vista no ofrecía nada de particular.

Permanecí en actitud reflexiva durante algunos minutos. Luego, al fin, me guardé la sortija en un bolsillo y salí del cuarto de baño, para regresar a la fiesta, a fin de continuar mis devaneoscon la morenita.

CAPÍTULO III

Cercaya de las primeras luces del alba, dos gigantescos esclavos cogieron en brazos al enorme KatzinIlh—Nbarhr y se lo llevaron a sus habitaciones. Tharam Ilh—Btaes hacía ya tiempo que dormitaba en su cómodo sillón, sin importarle en absoluto lo que pasaba allí.

Esperé cosa de diezminutos. La. Morena,borracha por completo, se había dormido en mí hombro. La mayoría de los asistentes yacían en la más abyecta embriaguez. Algunos, más resistentes o menos bebidos, intentaban prolongar la fiesta con ayuda de algunas bailarinas que apenas si podían mantenerse en pie.

Nadie se dio cuenta de que me marchaba. Deposité a mi compañera sobre un cómodo diván y me alejé de allí, fingiendo, como es lógico, que estaba beodo. De todas formas, la ficción no resultó demasiado difícil, pues también yo había «soplado» lo mío. Sin embargo, conservaba intacta la clarividenciade la mente.

Los pasillos y salones estaban desiertos, excepto en algunos lugares donde se veían invitados que dormían la borrachera. Llegué a la habitación de Ilh—Nbarhr y, después de haber arrojado un rápido vistazo a derecha e izquierda, abrí la puerta y me colé enel interior, cerrando a continuación.

Ilh—Nbarhr estaba sentado en el estrado, en la misma postura que tenía cuando me recibió la víspera, salvo que su cabeza estaba doblada sobre el pecho. Pensé que se habría dormido.

Me acerqué a él lentamente, procurando no hacer elmenor ruido.

— Señor —dije en voz baja.

No obtuve respuesta, incluso después de haberle llamado un par de veces más. Extrañado, le toqué en un hombro y le sacudí un poco.

Entonces, Ilh—Nbarhr se derrumbó a un lado, lenta, silenciosamente. Quedó tendido de costado, pero en una postura que me permitió ver con toda claridad el mango del puñal que sobresalía de su espalda.

Me quedé aterrado. ¡Ilh—Nbarhr, el poderoso comerciante, el amigo de todos los gobernadores, uno de los personajes más influyentes de Lidon, si no el mayor, estaba muerto!

En la Tierra, habría tenido alguna defensa caso de ser acusado de aquel asesinato. En Lidon era un terrestre, es decir, un ser apenas superior a un perro. No se molestarían demasiado en escucharme; la tortura primero y la decapitación después, serían dos cosas que se producirían con tanta rapidez, que no tendría tiempo siquiera de verlas llegar.

Por lo tanto, sólo podía hacer una cosa: aprovechar las circunstancias y largarme de allí a la mayor velocidad posible. Si me encontraban junto al cadáver de Ilh—Nbarhr, mi pellejo no valía medio centésimo.

Me dispuse a dar media vuelta. En aquel instante, vi que el muerto sostenía, entre los dedos de su mano derecha, un minúsculo trocito de papel, otro beneficio que nos debían a los terrestres.

Me arrodillé y tiré con suavidad del trocito de papel. Había una palabra escrita en el mismo, como si fuese el remate de una carta recibida por Ilh—Nbarhr, la firma, en suma.

El nombre era terrestre: Gómez.

¿Quién era Gómez?, fue lo primero que me pregunté.

Por su oficio, Ilh—Nbarhr tenía relación con muchísimos terrestres libres: No abundaban demasiado en Lidon, ésta es la verdad, dada la conocida xenofobia de los lidonianos hacia toda persona no nacida en su planeta, pero el comercio es el comercio y

no tiene entrañas. Por otra parte, Ilh—Nbarhr era uno de los pocos lidonianos que se atrevían a pisar el suelo de la embajada de la Tierra —ser nombrado embajador en Lidon, no era un sinecura desde luego—, por lo que noresultaba extraño que un terrestre llamado Gómezle hubiese dirigido alguna carta, motivada acaso por asuntos de negocios.

Ahora bien, ¿qué interés había podido tener la carta para el asesino? Parecía indudable que Ilh—Nbarhr estaba leyéndola cuando fue apuñalado. Pero se me antojó que no eran horas de leer cartas de negocios. Y, por otra parte, una misiva de tal género, hubiera carecido de interés para el homicida.

Como fuera, lo único claro de todo era que yosobraba en aquella casa. Me imaginé el disgusto de la hermosa Yanah, pero, como es natural, no podía quedarme allí a consolarla.

* * *

El asesinato de Katzin Ilh—Nbarhr, como es lógicoacaparó durante unos días la atención no sólo de la ciudad, sino del planeta entero. Luego, el interés fue decreciendo.

Mientras tanto, yo seguía haciendo mi vida normal. Todos los días me iba a mi esquina y allí me ponía a rasguear la guitarra y a cantar las canciones que tanto agradaban a mi auditorio. Pero pocos de ellos manifestaban prácticamente su placer, esto es, con algunas monedas en mi platillo. Reunir un crédito me costaba, aveces, toda una jornada.

Transcurrió una semana. Empezaba a creer que no me pasaría nada. No había sido molestado enabsoluto y, por otra parte, lapolicía lidoniana no daba señales de hallar al asesino. Un observador perspicaz, por ejemplo, un tal Franz Schustel, habría dicho que tampoco se ponía demasiado interés en descubrir al criminal —eso es lo que estoy diciendo, precisamente.

Aquel día estaba cantando una de las baladas que más agradaban a los lidonianos. A mí me dabancien patadas, pero debía pensar en el condumio diario. Valía más comerse el orgullo que no comer nada sólido y alimenticio.

... y el gallardo lidoniano,

en lucha desigual derrotó,
al miserable terrestre...

Conmovedor, ¿eh? Pero cada vez que la cantaba obtenía hasta quince o veinte centésimos. La música era infame y la letra estaba compuesta por alguien que no tenía la menor noción da lo que era versificar; sin embargo, tenía un éxito loco entre los lidonianos.

De pronto, cuando más entretenido estaba con aquella indecente balada, noté que se detenía un coche delante de mí.

Esta vez no era una vulgar cuadriga tirada por piafantes corceles; era un *Leiz*lidoniano, negro, largo, siniestro. Dos hombres se apearon del automóvil y aunque no llevaban el distintivo de su oficio, en la cara se les veía claramente lo que eran y el oficio que tenían.

Pertenecían a la policía secreta lidoniana, no la rama que cuidaba del orden público, sino la otra, la reservada a asuntos más graves y de interés nacional o interplanetario. Tenían la fama de una Gestapo y una NKVD terrestres juntas, pero los métodos que usaban eran tales, que un «gestapista» o un «enkavedista»habrían parecido angelitos a su lado.

—¿Eres tú el llamado Franz Schustel, de Tierra? —preguntó uno de los policías en tono seco.

—Sí, cierto —contesté, poniéndome en pie.

Un segundo después, rodaba por tierra, con la cara hinchada a consecuencia del bofetón recibido.

—¡Cuando hables con un lidoniano, perro leproso, emplea siempre la palabra señor! —rugió el esbirro.

Me puse en pie lentamente, sintiendo en mi boca el gusto salado de la sangre.

—Sí, señor —contesté, muy humilde.

El otro vándalo me agarró por un brazo y me empujó hacia el coche.

—Vamos, escoria, sube; tenemos que hablar contigo un minuto.

Me estremecí. Y no protesté siquiera; un mandamiento de arresto es algo desconocido en Lidon, por lo menos, en lo que se refiere a los terrestres. Por otra parte, aquella rama de la policía secreta no necesitaba mandamientos de ninguna clase para efectuar sus detenciones; arrestaba al individuo, fuera quienfuese y se acabó

todo.

* * *

Media hora más tarde, estaba desnudo de cintura para arriba, colgado de las muñecas y con la espalda surcada por una docena de latigazos. Había gritado de dolor, pero mis voces no habían salido de aquel profundo sótano. Sólo habían sido escuchadas por la media docena de esbirros que me rodeaban, dos de los cuales empuñaban sendos látigos que usaban a placer contra mi epidermis.

—¡Vamos, perro! ¡Contesta de una vez! ¿Quién es José Gómez?

Ahora ya conocía el nombre del terrestre, pero esto no mejoraba mi situación. Ni menguaba la furia de los latigazos. Cuando el siguiente cayósobre mi espalda, me retorcí como un poseso.

—No senada, no sé nada... — gemí, loco de dolor. Uno de los policías se puso frente a mí.

—Tú sabes quién es Gómezy dónde se esconde.

No te pedimos que nos cuentes sus intenciones; estamos seguros de que no sabes nada, pero, en cambio, conoces a Gómezy su escondite. Vamos, vamos, habla de unavez o te quitaremos la piel a tiras.

—Juro que no conozco en Lidon a ningún terrestre llamado Gómez—jadeé.

Yno mentía; una cosa era saber de su existencia y otra era conocerle.

De pronto, la puerta del subterráneo se abrió y un hombre penetró con pasorápido en el mismo.

Se plantó ante mí y me dirigió una iracunda mirada.

— Conque el juglar se ha metido ahora a espía —dijo, después de lo cual, y sin previo aviso, Assam Ilh—Tekir me asestó en plena boca unsoberanopuñetazo, que mehizo ver todas las estrellas.

Ninguno de los presentes hizo el menor esfuerzo por contener su gesto; antes al contrario, parecían tratarle con deferencia. Se ve que presentían en él al futuro gobernador, sustituto de Ilh—Btaes.

Escupí sangre. Empecé a sentirme muy débil.

Ilh—Tekir movió una mano. Dos latigazos más cayeronsobre mí espalda.

—No... sé... nada... —dije. Y, de pronto, me desmayé.

Recobré el conocimiento más tarde, cuando alguien me arrojó un cubo de agua por encima. Sentíamis muñecas desolladas y estaba dándome cuenta de que ya no saldría con vida de aquel lugar. ¿Porqué demonios me había puesto Ilh—Nbarhr en aquella endemoniada situación? ¿Qué asuntos se traía entre manos?

Ilh—Tekir se acercó de nuevo a mí.

—¿Te gustaría conservar el pellejo intacto?

Tuve un rasgo de humorismo, en medio de los dolores que me martirizaban.

— Eso es imposible ya —dije.

Ilh—Tekir me escupió.

—¡Hijo de perra terrestre! Fuisteel último que vio a Katzin Ilh—Nbarhr. ¿Te gustaría ser acusado de su muerte?

—Lo mismo me da —contesté—. De todas formas, no voy a salir de aquí, así que, crimen más, crimen menos, poco importa.

Los ojos del tipo llameaban de ira.

—Una vez te cruzaste en mi camino —recordó con acento chirriante—. Voy a hacer que no lo olvidesjamás.

—Nos estamos apartando del tema —respondí, mirándole a la cara—. ¿Por qué no sigue preguntándome por Gómez?

Aquello pareció volverle loco de rabia. Se lanzósobre mí yempezó a darme puñetazos y puntapiés, hasta que se quedó sin aliento. Y no crean que alguno de loscanallas que estaban allí trató de impedirlo; antes al contrario, parecían muy divertidos con la escena.

No sé cuánto tiempo hubiera durado aquel tormento, de no ser porque, inesperadamente, se abrió la puerta del subterráneo y alguien lanzó un fuerte grito:

—¡Quieto, Assam!

El miserable se quedó petrificado por el espanto.En cuanto a mí, los dolores que sentía por todo el cuerpo no me impidieron reconocer la inconfundible voz de Yanah Ilhya—Nbarhr.

CAPÍTULO IV

La muchacha avanzó hasta situarse frente a mí. Vestía de negro y su rostro expresaba con claridad la indignación que sentía. Junto

con ella, habían penetrado dos individuos más, de mediana edad y aspecto de ser funcionarios oficiales. Se quedaron un tanto rezagados, mientras que Yanah se colocaba entre Ilh—Tekir y yo.

Sus ropajes, aparte del color, eran ahora mucho más severos que la primera vez que la vi. Ya he dicho que eran negros y añadiré que le llegaban hasta los pies. Un velo negro aparecía sujeto a sus cabellos dorados y le caía flotante por la espalda. En la mano llevaba un pequeño rollo de papel.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Ilh—Tekir en tono brusco—. ¿Por qué has entrado en este lugar que no te corresponde?

—No hagas preguntas necias —respondió ella fríamente—. Soy una ciudadana lidoniana de primera clase; mi padre pagó por ello cinco millones de créditos, porsi no lo recuerdas, lo que me permite, además del libre acceso a cualquier parte del planeta, otras muchas cosas. Ésta, entre ellas. —Y le entregó el documento que tenía en la mano.

—¿Qué diablos es esto? —barbotó Ilh—Tekir. Ni aunél mismo podía ir contra según qué leyes de Lidon.

—Léelo y lo sabrás —respondió Yanah sin inmutarse—. Pero, si quieres ahorrarte un trabajo, te diré que es un contrato de compra como esclavo del terrestre llamado Franz Schustel. En consecuencia, y de acuerdo con la ley, te exijo que me lo entregues en el acto. Por si no das crédito a lo que dice el documento, he traído dos notarios que atestiguarán la libertady la transferencia del esclavo.

Los dientes deIlh—Tekirrechinaron con fuerza.

La condición ciudadana de Yanah le permitía hacer una cosa semejante. Incluso podría habermecomprado con la cabeza apoyada en el tajo del verdugo. Así eran de absurdas y disparatadas las leyes de Lidon.

—Vamos —añadió ellaimpaciente—, ordena a tus hombres que lo suelten.

Ilh—Tekir trató de mostrarse sarcástico.

— No sabía que unterrestre pudiera interesarte tanto, Yanah.

La muchacha no se amilanó.

—Me interesa porque es un buen músico—respondió con voz tranquila—. Eso es lo que me ha impulsado a comprarle.

—Pero él es un liberto. No puedes comprarle por segunda vez. Fue libertado al morir su anterior amo.

—Pregúntale si quiere venderse. La ley permite a un liberto venderse de nuevo, si ésa es su voluntad. —Las respuestas de Yanah no tenían vuelta de hoja.

—Parece que estás muy enterada de los tecnicismos legales.

Obstinadamente, Ilh—Tekir quería continuar mostrándose sarcástico, a fin de no perder prestigio ante sus hombres.

—Tanto como tú pareces haberlos olvidado —fue la punzante respuesta de la muchacha. Y, en tono imperativo, añadió —: Estoy esperando que lo sueltes, Assam.

—¡Un momento! —exclamó el rufián—. Veamos antes si él consiente en venderse de nuevo como esclavo. Todavía no conocemos su opinión.

Yanah me dirigió una inquisitiva mirada. En aquel momento, y aunque ignoraba las razones de la chica habría hecho cualquier cosa por salir de aquel apuro.

—Eso, ni se pregunta siquiera —manifesté—. Lo importante — añadí con mordacidad —no es tanto venderse de nuevo como dejar de ver a este causador de alergias.

A pesar de sus preocupaciones, Yanah no pudo por menos de emitir una sonrisa. Al fondo, sonó una carcajada, apagada rápidamente, sin embargo.

Los ojos de Ilh—Tekir llamearon. Hizo una seña y sus hombres se apresuraron a soltarme. Mientras me cubría las maltratadas espaldas, Ilh—Tekir se enfrentó de nuevo con la joven.

—Yanah, un día de éstos iré a tu casa para recordarte una cosa.

Ella enarcó las cejas.

—¿Sí? —manifestó con tono displicente.

—Entre tu padre y yo existía un acuerdo implícito. Por si no lo sabes, te diré que me prometió, de un modo formal, concederme tu mano en el momento que me nombraran gobernador de la Novena Provincia.

—Mi padre ha muerto. Que yo sepa, no se firmaron capitulaciones de ningún género acerca de un posible contrato matrimonial entre nosotros. Por lo tanto —expresó ella con glacial acento—, me niego a reconocer ese pretendido acuerdo. —Luego agregó, con acento ofensivo —: No me casaría contigo ni aunque te hiciesen Supergobernador, Assam.

El rostro del individuo se puso del color de la púrpura. Ya era

suficiente insulto la actitud de la muchacha, pero que hablase de aquella manera en público, rebasaba toda la medida de lo imaginable para él., Sin poder contenerse, blandió el puño en gesto amenazador.

—Veremos si dentro de unos días me dices lo mismo —bramó.

—¿Por qué no vas y asesinas al gobernador ahora mismo? Así no tendrías que esperar tanto —contestó ella, sin abandonar su tono de desprecio. Luego me miró a mí... En casa te pondremos el collar de esclavo. Ahora, firmarás aquí los documentos pertinentes, en presencia de los dos notarios, para que puedas abandonar esta sucia y asquerosa mazmorra en elacto.

Haciendo unesfuerzo, me incliné con sumorespeto.

—Sí, señora —contesté.

***

Horas más tarde, curadas mis heridas y vestido con ropas nuevas, estaba frente a la muchacha, en una de sushabitaciones.

Yanah Ilhya—Nbarhr había abandonado sus negros ropajes, que sólo usaría para salir a la calle. Se había puesto unas prendas menos austeras, pero no tan escasas en superficie tejida como las que usaba antes de la muerte de su padre.

De todas formas, aun vestida con un saco hubiera estado hermosa. A mí me lo parecía,pero no debía olvidar que, para haber salvado el pellejo, debía haberme vendido como esclavo. Así que, si había abrigado la esperanza de volver, acaso, un día a la Tierra, debía abandonarla de nuevo y para siempre.

Yanah en persona me sirvió una copade rojo vino lidoniano. El alcohol me infundió unagradable calorcillo en las venas.

—Supongo que no habrás pensado ni por un instante que te he comprado como esclavosólo por capricho —dijo con voz en la que latía una indudable nota autoritaria.

—Desde luego. Pero mi agradecimiento no es menor por ello, señora. En mi planeta hay un dicho: «Vale más morir, que vivir como esclavo». Eso lodijo alguien que no pensaba morir ni ser vendido como esclavo.

Yanah sonrió levemente. Pero sólo fue unsegundo; casi en seguida, su bello semblante recobró la tirantez habitual de las

últimas horas.

— Mi padre ha muerto—dijo de repente—.¿Qué sabes al respecto, Franz Schustel?

Contemplé con gesto pensativo el vino de mi copa.

—Cuando lo vi estaba muerto ya. Pero diez minutos antes, se encontraba vivo.

— ¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó ella, interesadísima.

—Le vi abandonar el salón del festín poco antes del alba. Esperé diez minutos y fui a verle. Ya estaba muerto.

—Lo cual significa que la muerte se produjo en ese espacio de tiempo —reflexionó ella.

—Así es, señora.

—Y, ¿no tienes la menor idea de quién fue su asesino?

Esta vez, me serví yo mismo el vino.

—No —contesté después de unlargo trago.

—Franz Schustel—dijo ella despacio me ocultas alguna cosa. Mi padre tenía negocios con losterrestres, desde luego, pero no con vagabundos ni mendigos. ¿Por qué te llamó? ¿De qué estabais hablando cuando yo llegué?

La contemplédurante algunos segundos. ¿Quién me aseguraba que todo aquello no había sido una comedia para confiarme y obtener por otros medios lo que no habían podido conseguir por la fuerza?

Pensé unos segundos en los insultos que había dirigido a Ilh—Tekir. Se los había dicho en público y el furor del repugnante sujeto había sido demasiado genuino para poder creer en una ficción. Resolví, pues, contarle todo lo sucedido a la muchacha.

Yanah se asombró.

—¿Es cierto lo que me estás diciendo?

—Por completo —respondí en tono enfático.

—Pero ¿por qué quería enterarse mi padre de lo que hacía el tipo que estaba junto a Assam?

—Lo ignoro. No me dio explicaciones; sólo me prometió una sustanciosa recompensa para después del festín. ¿Puedo preguntarte —agregué—si conoces al individuo que estaba junto a Ilh—Tekir? Supongo que te fijarías en él, señora.

—Sí, pero es la primera vez que lo veía. Había tantos y muchos de ellos nuevos en nuestra casa, que no consigo recordar todos sus

nombres.

— ¿Terrestre? —sugerí.

Yanah movió la cabeza, a la vez que se mordía los labios.

—No lo sé, me es imposible recordar en estos momentos ningún nombre de personas a quienes no conociera ya con anterioridad.

—Lo siento —dije—. Siendo así, no puedo añadir más que pueda servir para descubrir a los asesinos de tu padre.

—Pero sí puedes hacer una cosa, Franz.

—Soy tu esclavo — contesté. Y no era una metáfora galante.

—Entrégame el anillo que quitaste a Assam.

—No puede ser.

—¿Por qué?

— Lo tengo escondido en mi alojamiento. Comprenderás que no podía llevarlo siempre encima. Primero, porque siendo un terrestre, no tengo derecho a ostentar joyas de ninguna clase. Y, segundo, si lo hubiera llevado, en estos momentos estaría en poder de su dueño. —Sonreí—. Quien, por cierto, no me ha formulado la menor pregunta acerca del particular.

Yanah sonrió sin ganas.

—Muy bien. Entonces, ve a tu alojamiento y vuelve cuanto antes. No te olvides de llevar el medallón de esclavo en sitio bien visible.

—De acuerdo. —Y ya me disponía a retirarme, cuando, de pronto, recordé un detalle que no habíamos sacado a colación hasta entonces —. ¿Conoces a alguien llamado Gómez? Terrestre, por supuesto.

—No. Nunca he oído ese nombre, al menos en relación con los negocios de mi padre.

—Lo siento —contesté.

Yanah levantó la mano.

—A propósito, siendo terrestre tú, supongo que no te importará ayudar a mi actual administrador en la continuación de las empresas de mi padre relacionadas con tu planeta.

—Será un placer para mí —contesté, inclinándome de nuevo.

Momentos después, descendía la colina en dirección a los barrios bajos. Mientras caminaba con lamayor rapidez que me lo permitía la cojera, pregunté qué interés podría tener el anillo. ¿Qué secreto encerraba aquella joya? .

La bruja que cuidaba mi cuarto me recibió, como de costumbre, con la cara hosca y la lengua expedita. Después de escupirme al rostrolas barbaridades de costumbre —contestadas de forma adecuada, también como de costumbre—, me informó que tenía un visitante en el cuchitril pomposamente llamado dormitorio.

—¿Quién es? —pregunté. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lleva ya más de una hora esperando. —Soltó una agria carcajada—. Se necesita humor, esperar a un saco de carroña ambulante.

Saqué una moneda de cinco créditos y la lancé al aire. La bruja la pescó antes de que cayera al suelo. Me miró, asombrada; aquél era un rasgo de generosidad al cual no estaba habituada.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó.

—Muy sencillo: que después de haber visto a ese sujeto, me iré de aquí, Lahda. Puedes alquilar la habitación al que mejor te parezca... pero veo dudosoque consigas otro huésped con el olfato menos encallecido que yo.

Ysin esperar su respuesta, emprendí el ascenso hacia el piso superior.

Entré en mi habitación.

El tipo estaba esperándome, sentado en la únicasilla de que disponía. Cerré la puerta en un gesto maquinal, sin saber qué hacer, aturdido al ver el mango del puñal que sobresalía del pecho de mi visitante.

Durante unos momentos, permanecí atónito, con los pies clavados en el suelo. No conocía al individuo ni tampoco se me alcanzaban las razones por las cuales había venido a visitarme. Era joven y no mal parecido, pero teníalos rasgos deformados por la agonía.

Me extrañó que estuviera sentado y no tendido en el suelo.Entonces vi que hacía un esfuerzo y levantaba la cabeza.

Corrí hacia él y apoyé la mano en su pecho.

—No... —dijo apenas con un susurro—. No he querido arrancármelo... porque, si lo hubiese hecho... habría muerto antes... De todas formas... estoy ya listo...

—Pero ¿quién es usted? —pregunté con la cabeza convertida en torbellino—. ¿Quién le ha matado?

El agonizante emitió su último soplo de vida.

—Busca... a Gómez...

Yse derrumbó a un lado antes de que pudiera sujetarlo. Quedó en el suelo, decostado, con el rostro escondido en un brazo, inmóvil ya para siempre.

CAPÍTULO V

Durante unos momentos, permanecí arrodillado al lado del cadáver, incapaz de reaccionar, aturdido por el suceso que se me antojaba increíble. Al cabo caside un minuto, me puse en pie. El instinto, más que la razón, me dijo que debía marcharme de allí cuanto antes.

Fui hacia la cama y metí la mano debajo de uno de los travesaños. El anillo estaba allí, sujeto con un poco de papel da goma. Me incorporé, girésobre los talones, y entonces me encontré con unsujeto que me apuntaba certeramente con una pistola moderna atómica.

Lo reconocí en el acto: era el tipo gordo y calvo, que había entregado el anillo a Ilh—Tekir. Entonces parecía un sujeto dado a la broma y ávido únicamente de vivir y divertirse, un buen hombre, en suma. Ahora, sus ojos tenían la dureza del pedernal y sus labios aparecían contraídos, con una expresión que no tenía nada de agradable.

—El anillo —pidió a la vez que alargaba la mano izquierda. Vacilé unsegundo.El calvo dio un paso hacia mí. —No lo repetiré más—añadió con voz metálica —. Si dentro de cinco segundos no me has entregado el anillo, te convertiré en cenizas, Franz Schustel.

—Este anillo es mío —protesté.

—Démoslo por sentado contestó el otro en tono indiferente—. Supongamos que sea así, pero supongamos también que yo soy un ladrón y que estoy encaprichado con la joya.

—Es una forma contundente, aunque segura, de conseguir las cosas que se desean —admití—. Dime, ¿has sido tú quien despenó a ese pobre muchacho?

—No hablamos de él, sinodel anillo —dijo el gordo—. Suéltalo o disparo.

Lo levanté en alto, sosteniéndolocon el índice y el pulgar.

—Muy bien —contesté —. Adelante, aprieta el gatillo. Yo desapareceré convertido en ceniza radiactiva, pero el anillo no correrá mejor suerte. Es posible que queden algunos microscópicos granitos de oro, aunque lo más corriente es que, cuando una persona recibe un disparo procedente de una pistola como la tuya, queda desintegrado todo lo que lleva encima. ¿Qué ganarás con matarme, si te quedas sin la sortija?

El gordo masculló una espantosa imprecación, aldarse cuenta de que mis palabras eran ciertas. Sonreí satisfecho; la situación se había puesto de repente en tablas.

—¿Quién era el tipo? —pregunté.

—Maldita sea, no pienso decírtelo. Estaba esperándote, cuando llegó él. Lo hizo unos cuantos minutos después que yo y me vi obligado a esconderme ahí. —«Ahí» era un minúsculo cubículo, llamado cuarto de baño, pero que tenía de tal lo que yo de bonzo budista—. Se dio cuenta de que había alguien...

—Ylo liquidaste.

El gordo apretó los labios.

De pronto, secambió la pistola de mano. Metió la derecha en el interior de sus ropajes y sacó un puñal. ¡Aquel tipo era un arsenal ambulante!

Avanzó hacia mí, con unos fulgoresde muerte en los ojos.

—Esto no desintegra, pero corta el hilo de la vida —anunció, con énfasis que se me hizo ridículo.

Le esperé a pie firme, con los brazos unpoco abiertos. Vi que, a dos pasos de mi,se disponía a descargar el golpe fatal.

Entonces abrí los dedos.La sortija cayó al suelo. Tenía que mirar al suelo, perderme de vista durante un segundo. No lo desaproveché.

Lo primero que hice fue pegarle un manotazo a la pistola, la cual salió volando por los aires. El calvo lanzó unrugido de cóleray blandió el puñal, con ánimo de rebanarme el cuello. Levanté el brazo izquierdo y desvié el golpe.

Antes de que pudiera reponerse, le toqué la nuez con el filo de la mano. El calvoempezó a gorgotear, a la vezque sus ojos se dilataban agónicamente. De coserme a puñaladas, ni hablar; ya se había olvidado de ello. ¿Y quién no se olvida de todos sus propósitos después de haber recibido un golpe como aquél?

Manoteó con furia, mientras brotabande sus labios unos gruñidos inarticulados. Había perdido la guardia por completo, de modo que me fue fácil acabar con él de unsoberbio derechazo a la mandíbula. Puso los ojos en blanco y empezó a caer tan despacio, que tuve tiempo de atenuar el choque de su cuerpocontra el suelo, a fin de que no hiciera un ruido innecesario que pudiera alarmar a brujadel piso de abajo.

La registré con sumo cuidado. Por su tarjeta de identidad, pude enterarme de que se llamaba Zankar Ilh—Stoï. Pero entre todos sus documentos, no pude hallar nada de particular, excepto una dirección,la única que temía anotada: TSS—05—97E. Aquellos salvajes de lidonianos no desdeñaban ninguna de las ventajas de la civilización actual, traída precisamente por nosotros, los terrestres, y pude darme cuentaque las últimas cifras se referían a un número de visófono. Las tres primeras letras eran la abreviatura del nombre de la calle. Lo que ignoraba era si se trataba de sudomiciliopersonal o era el de unapersona con quien debía relacionarse o se relacionaba con algunafrecuencia. Me inclinaba a creer lo segundo, pero no era aquel el momento más conveniente para comprobarlo.

Desordené la habitación un poco, como dando la sensación de que me había visto obligado a escapar rápidamente, por temor a ser sorprendido. Luego entré en el «baño» y metí la mano debajo del lavabo, de donde saqué la sortija auténtica. Uno tiene que ser prevenido, por supuesto.

Examiné las dos joyas. Hasta un terrestre puede tener amistad con algunos lidonianos, pese a la irritante xenofobia de que suelen hacer gala la inmensa mayoría de ellos. Y mi amistad con un modesto joyero había servido para reproducir la sortija conabsoluta fidelidad, pero en lafalsa le había ordenado poner un poco más de oro, que bien repartido entre su superficie no se notaba, a fin de identificarlas por el peso. Dejé la falsa junto al cuerpo de Ilh—Stoï;la vería al despertarse y supondría que había salido de allí tan aprisa, que no había tenido tiempo ni de recogerla. Para ayudar aún más a la ficción, abrí la ventana de par en par; creería que me había largado por el patio, lleno de basuras y detritos de todas clases, que había en la parte trasera de la casa.

Bajé las escaleras. Lahda debía de haberse ido a dormir, pues el vestíbulo estaba desierto. Abrí la puerta y salí a la calle.

Esperaba que Yanah me proporcionase una coartada jurando que no me había movido de su palacio durante toda la noche.

Caminé rápidamente, renegando contra mi cojera.

Un poco más allá, me salió al paso una mujer de labios pintados y sonrisa impúdica. La aparté de unmanotón; las hay tan ansiosas que ni reparan siquiera en que uno sea esclavo y terrestre, no hacen la menor distinción entre un terrestre y un lidoniano.

Una hora más tarde, llegaba a la mansión de Yanah.

* * *

—¿Quién es Gómez?

Habían pasado ya casi doce horas después de losúltimos acontecimientos relatados. Estaba frescoy descansado, aunque no era gusto precisamente lo que me daban los latigazos que aún me escocían en la espalda. Pero me sentía con renovados bríos, después de haber dormido ocho horas de un tirón, tras de un buen baño y una suculenta comida a continuación. Eran ya las diez de la mañana y estaba en un salón del gran palacio, cuya terraza daba vista al lago Doopli, que semejaba una lámina de plata azul, resplandeciendo a los rayos del sol que alumbra Lidon.

—No lo sé —contesté, tomando un sorbo de vino—. Repito queno había oído su nombre hasta que lo encontré escrito en el papel que sosteníatu padre entre los dedos.

Yanah se estremeció.

—Yel hombre asesinado mencionó también, al mismo hombre.

—Sí. «Busca a Gómez», me dijo. Pero no sequién es.

La muchacha se mordió los labios. Empezó a pasearse, muy nerviosa, por el espejeante suelo de la estancia.

—Mi padre tenía algunos negocios raros —murmuró—. A veces, yo oía cosas, pero nunca presté la menor atención. Francamente, no me interesé jamás por sus asuntos.

—Ésta debla de revestir una importancia excepcional, cuando en tan poco tiempo se han cometido ya dos muertes —manifesté.

—¿No sería Ilh—Stoïel asesino? —sugirió ella.

—Es posible —contesté—. Debo admitir que, cuando los esclavos sacaron a tu padre del salón, no me fijé si él estaba o no todavía en aquel lugar. Toda mi atención estaba centrada en buscar

el modo de escabullirme sin ser notado.

—Quizá le aguardó en su cuarto y le apuñaló.

—Sí, pudiera ser. Pero, en todo caso, ¿qué decíala carta?

Guardamos silencio durante unos momentos.

—Hay un medio de saber si Gómezestá o no en Lidon.

—¿Cuál? —preguntó ella interesadamente.

—Averiguándolo en la embajada terrestre. Allí tienen un registro minucioso de todos los terrestres libres. Y, supongo, Gómezdebe de ser un sujeto libre, a fin de poder moverse por todas partes con facilidad.

—Es cierto —manifestó la chica. Su semblante se animó de pronto—. Espérame un momento,voya cambiarme de ropa. Luego me llevarás a tu Embajada.

—Desde luego. .

Yanah se retiró. Medité unos segundos, dándome cuenta de que estaba inmerso en un fenomenal embrollo, un lío descomunal, cuyos orígenes y propósitos desconocía por completo. Para mí, se trataba de una intriga a escala planetaria... y esta clase de asuntos y más en un mundo como Lidon, suelen tener casi siempre un final desastroso. Y si no, que se lopregunten a los dos tipos apuñalados.

De pronto, me acordé de las señas que había visto en la documentación de Ilh—Stoï. Por un momento, sentí la tentación de usar el visófono que había sobre una mesita cercana, pero me contuve, ya que acababa de ocurrírseme otra ideamejor.

En lugar de emplear el visófono, ¿por qué no hacer una visita al propietariode aquella dirección?

Resolví hacerla aquella misma noche, Sincontar con Yanah, por supuesto.

Yanah apareció momentos después, vestida con los severos ropajes de luto.

Dijo:

—Tú conducirás mi coche. Siendo un esclavo terrestre, no hay inconveniente alguno en que lohagas.

— Está bien —respondí, echándome a un lado para que pudiera pasar.

CAPÍTULO VI

Lajoven Yanah Ilhya—Nbarhr salió de la Embajada terrestre, situada en uno de los lugares más céntricos y lujosos de Viidon, siendo acompañada hasta la puerta de entrada por el secretario personal del embajador. Yanah se despidió del funcionario y luego entró en el coche, idéntico al que habían utilizado los policías para llevarme a su cámara de torturas dos días antes.

Cerré la portezuela y me instalé en el asiento.

Los lidonianos son muy curiosos en algunas cosas: les encantan los automóviles viejos, tipo Cadillac1993, pero que no les hablen de aeromóviles,ni helicópteros movidos por antigravedad. Para ellos, un *Leiz*como el que yo conducía, de aspecto semejante al descrito, era el máximo de la elegancia.

Demoré algunos segundos en poner el auto en marcha. Sin volverme, dije:

—Señora, fíjate en aquel tipo que está apoyado en la esquina. No miras con demasiada atención; no quiero que se dé cuenta de que sabemos que nos vigila.

Yanah exhaló un pequeño grito de sorpresa. Pero recobró la compostura casi en el acto.

—¿Quién es, Franz?

—Un esbirro de Ilh—Tekir o de Ilh—Stoï, tanto da, ya que me parece que los dos obran de común acuerdo —respondí—. Pero hace ya mucho rato que está en la esquina, concretamente, a los pocos segundos de detenemos ante la puerta de la Embajada.

Puse el auto en marcha y arranqué con suavidad, tocando el claxon para apartar de nuestro camino a una traqueteante cuadriga, ocupada por unhombre, su esposa y media docena de críos sucios y astrosos.

Un mendigo blandió el puño. Una mujer joven todavía, pero expresando en su rostro los síntomas del vicio y la disipación, nos sacó la lengua, añadiendo unas soeces palabras a continuación, Yanah no las oyó, porque toqué el claxon para impedirlo.

Más allá, un ciego, con las cuencas orbitarias convertidas en sendos manantiales de pus, imploraba la caridad. Un tragafuegos ejecutaba sus habilidades ante dos docenas de ociosos. Al lado, dos muchachas que no habrían cumplido los quince años, realizaban toda suerte de contorsiones y volatines. El lujo y la miseria se daban

la mano, en repulsivo contraste; el hambre y las plagas, junto a los mármoles y alabastros.

Pasamos a corta distancia del vigilante, quien aparecía muy entretenido leyendo el único periódico que se publicaba en Viidon. Parecía un contrasentido ver a un sujeto ataviado con una corta túnica, hasta mitad de los muslos, con el pelo rizado y ceñido por una cintade color escarlata —color de los ciudadanos libres de tercera clase, como el blanco lo era de los de primera—, leyendo un diario, cuyas gruesas titulares anunciaban una espantosa inundación, en la que habían perecido varios millares de personas, en la DecimocuartaProvincia. Pero así es aquel planeta y no hay que darle más vueltas.

Aceleré un poco la marcha y salimos de aquel impresionante abigarramiento de tipos y seres de todas clases, indumentos y apariencia. A poco, pude ver por el espejo retrovisorque nos seguía a prudente distancia un *Leiz*análogo al nuestro.

—Ahí vienen—dije—. No vuelvas la cabeza.

—Pero ¿por qué nos siguen? —preguntó Yanah, entre intrigada y alarmada.

—Quizá Assam podría contestarte a ello con mejor conocimiento de causa que yo. En todo caso, no cabe la menor duda de que no desea perderse ni uno solo de nuestros movimientos. Pero, hablandode otra cosa, ¿qué te han dichode Gómezen la Embajada?

—Que no lo conocen y que no han oído su nombre en los días de su vida —respondió ella sin vacilar.

Callé unos momentos.

—Es posible que tengan razón —dije al cabo—.

Hay muchas maneras de llegar a Lidon sin que nadie se entere.

—¿Cómo? No hay más que un astropuerto, Franz —protestó Yanah.

Emití una sonrisita de superioridad, sin dejar por ello de mirar con frecuencia a través del retrovisor. El *Leiz*continuaba tras nuestros pasos.

—Verás —dije—. En la Tierra, se detectaría en seguida cualquier astronave que intentase penetrar en el planeta, sin antes haber pedido permiso a alguno de los numerosos astropuertos que existen. Hay demasiados radares para no detectar en el acto la presencia de cualquier nave no señalada, aparte de que las patrullas de vigilancia

vuelan sin descanso en torno al planeta. En cambio, aquí la cosa es muy distinta. Hay radares en el astropuerto, pero no en el hemisferio opuesto. Incluso esa misma nave podría aterrizar fuera del horizonte, pero a menos de trescientos kilómetros del astropuerto, sin ser señalada.

—Sí —admitió ella sumamente pensativa—. Pero ¿por qué Gómeztendría que haber entrado en Lidon de esa manera, quiero decir, sin los correspondientes trámites legales?

—Señora, ésa es una pregunta que sólo el propio interesado está en situación de contestar.

***

Bretin, el antiguo mayordomo, conservaba su puesto. Era un antiguo esclavo, que había gozado en tiempos de la confianza de Ilh —Nbarhr, a pesar de que cuando éste murió sólo llevaba algo más de dos años en el puesto. Yo estaba terminando de cenar, cuando entró en mi habitación sin pedir permiso, por supuesto.

El mayordomo me dirigió una fría mirada.

—No me gusta —dijo en tono seco, sin más preámbulos.

Enarqué una ceja. —¿Sí? —murmuré.

Bretin me agarró por el cuello, haciendo ademán de ir a levantarme.

—Escucha, suciohijo de perra. Yo soy aquí el mayordomo y cuando yo entro en alguna habitación, todos los esclavos que hay en ella se ponen en pie en seguida. Tú no lo has hecho. ¿Quieres que mande administrarte media docena de latigazos?

Me puse en pie despacio. De pronto, moví la mano derecha y aparté su brazo de mi cuello con un fuerte golpe, que lo hizo trastabillar un poco.

—Escucha tú, asqueroso hijo de un ahorcado: no vuelvas a tocarme o te retorceré el cuello como a un pollito. ¿Está claro?

Bretin se quedó boquiabierto. Lo que acababa de decirle subvertía un orden milenario, un estado de cosas establecido desde tiempo inmemorial. Ninguno de los esclavos de la casa se había atrevido a tratarle jamás de aquella manera.

Pero se recobró en seguida.

—Ahora, serán doce los latigazos que te darán —dijo, con voz

crispada por la cólera.

—Atrévete a tocarme, carroña—le dije—.Atrévete a tocarme y, antes de que sepas siquieralo que te ha pasado, te encontrarás en la calle conlas manos acariciándote el trasero. Y, dime, puerco bastardo, ¿dónde vas aencontrar unempleo mejor que éste en todo Lidon? ¿Dónde vas a poder robar más a gusto, sin que tu amo se moleste en pedirte cuentas? ¿Quieres que vaya a decírselo a Yanah Ilhya—Nbarhr?

Bretin se humedeció con la lengua los labios que se habían resecado de pronto.

—Estás diciendo tonterías —fanfarroneó.

—Bueno. ¿Quieres probarlo? Anda, llama alos demás y haz que me aten al poste de azotar. ¿Por qué no lo intentas?

Los ojos de Bretin se empequeñecieron.

—La señora te ha tomado mucho interés de repente. ¿A qué se debe eso, terrestre? —Una turbia sonrisa vagó por sus labios unos instantes—. Claro que no es la primera dama que concede sus favores a un esclavo... aunque siempre he visto que eran más apuestos y, sobre todo, no inválidos comotú, Franz.

Le miré con desprecio.

—Eres un tipo ruin y miserable —dije, conteniendo a duras penas la cólera—. Sólo un sujeto como tú se atrevería a hablar de semejante manera de la persona que le da todo cuanto puede desear.

Bretin enrojeció. Quiso hablar, pero no le dejé seguir.

—Si ahora fuese yo a ella con el cuento, ¿cuánto tiempo durarías en esta casa? No te gusta la confianza que me ha otorgado, ¿eh? Bueno, cuando unonoquiere ver una cosa, se marcha y ya está. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—O la aparta delcamino —dijo en tono amenazador, indinándose hacia mí.

De pronto, con movimiento rapidísimo, alargué la manoderecha y le agarré por los cabellos, tirando de él con fuerza, al mismo tiempo que levantaba el codo del otro lado. El resultado fue que su nariz quedó aplastada y empezó a manar sangre con profusión. Lanzó un aullido, y entonces le arrojé de un empujón al otro lado de la pieza.

—Largo, miserable. Largo, pronto o te daré tal paliza, cojo o no,

que vas a tener que meterte un mes seguido en la cama.

Bretin me miró con expresión entre acobardada y colérica. Tapándose la cara con un pañuelo, que enrojecía cada vez más, giró sobre sus talones y escapó de allí.

Me senté a la mesa, pero ya había perdido el apetito. Estuve unos momentos pensativo, dando vueltas en mi cabeza al incidente que acababa de producirse. No me cabía la menor duda de que me había creado un nuevo enemigo, locual, en la situaciónen que me hallaba, no tenía nada de agradable. Sin embargo, por sus palabras, deduje que ya se había convertido en enemigo mío en cuanto Yanah empezó a distinguirme, así que no tardé mucho en llegar a la conclusión de que, en medio de todo, el golpe que le había propinado lo había sido con toda justicia y que no iba a empeorar las cosas mucho más de loque ya loestaban.

***

Era bien entrada la noche cuando abandonela mansión con todo sigilo.

Por tercera vez en poco tiempo descendí la colina. No obstante, esta vez no me dirigí al centro, sino que procuré pasar por las calles menos transitadas. Una o dos veces divisé a lo lejos la ronda, pero me escondí en los portales; me interesaba pasar inadvertido a toda costa.

Por último, alcancé la casa cuya dirección teníaanotada Ilh—Stoï.

Estudié su aspecto desde un portal próximo, guarecido en las sombras.

Era un edificio de medio pelo, muy antiguo, construido con grandes bloques cúbicos de piedra, de dos plantas y dotado de una puerta de entrada y dos ventanas en el piso superior. Tenía un farol sobre la puerta, pero estaba apagado. Comparado con el palacio de Yanah, era un tugurio; para Lahda, la bruja en cuya casa había vivido yo más de dos años, después de ser liberto, habría parecido una mansión de lujo asiático.

Empecé a pensar en el mejor medio de colarme en su interior. Por supuesto, no iba a entrar llamando a la puerta. Al cabo de unosmomentos de reflexión decidí que lo más conveniente sería

estudiar la retaguardia de la casa.

De pronto, cuando ya me disponía a cruzar la calle, vi llegar a un individuo a la casa. No me sorprendí al reconocer en él a Ilh—Tekir.

Ilh—Tekir venía embozado en una amplia toga que le cubría el cuerpo y le tapaba el rostro hasta las cejas, como un conspirador de opereta. Lo malo era que ahí no había opereta de ninguna clase; las puñaladas estaban a la orden del día.

El sujeto tocó en la puerta tres veces seguidas, luego dos y por último tres. Un momento después, alguien habría la puerta desde su interior e Ilh—Tekir desaparecía de mi vista.

No pude evitar una sonrisa de satisfacción; había sido una buena idea la de venir a la dirección anotada en la agenda de Ilh—Stoï.

Pero de nada me servía haber acudido a la casa, si no podía escuchar lo que se discutía en su interior,y empecé a buscar el medio de colarme dentro sin que nadie lo advirtiese.

CAPÍTULOVII

Noes fácil cambiar en cien años tan sólo las milenarias costumbres de los habitantes de un planeta, máxime cuando tales habitantes suelen ser, por regla general, violentamente xenófobos. Los lidonianos tomaron de nosotros lo que más les convino, pero algunas otras cosas permanecieron inmutables, de la misma manera que habían sido siempre. Aunque para mi olfato, el olor era insoportable, pude utilizar el patio trasero de la casa, donde, por regla general, se acumulaban todo género de basuras e inmundicias. Los lidonianos son así y no hay que darlevueltas; por lo menos, los que no pertenecen a la excepcional categoría de ciudadanos de primera clase.

Como es lógico, la casa tenía una puerta trasera. Después de algunos tanteos, conseguí abrirla y pasé al interior, oscuro como boca de lobo.

De arriba me llegó un rumor de voces. Traté de orientarme, extendiendo los brazos, a la vez que avanzaba un paso tanteando con cuidado el terreno antes de asentar definitivamente el pie. Así llegué al comienzo de una escalera.

Empecé a subir, con gran lentitud, a fin de nohacercrujir los peldaños de madera. Poco a poco, fui ganando terreno hasta llegar al piso superior.

Entonces viuna raya de luz que salía por una puerta. Me acerqué a ella con las mismas precaucionesy apliqué el oído.

Había tres personas en la habitación, la voz de dos de ellas las reconocí en el acto. Dos eran hombres: Ilh—Tekir e Ilh—Stoï. La tercera era una mujer.

Escuché unos instantes.

— Así, pues, Raysha, ya está decidido. Tú te encargarás de Ilh—Btaes, Raysha. ¿Cuándo lo harás?

—En el desayuno —contestó la mujer, con voz bien timbrada.

—Muy bien. Y entonces, antes del mediodía, yo actuaré. —Era Ilh—Tekir el que hablaba—. Después, tú, Zankar —se dirigió a Ilh—Stoï—, tendrás lo convenido.

Ilh—Stoï, sin embargo, no parecía mostrarse muy satisfecho con las disposiciones de Ilh—Tekir.

—Pero es que tropezaremos con un inconveniente insalvable —gruñó.

—¿Cuál?

—El anillo.

Hubo una pausa de silencio. Después, Ilh—Tekir barbotó una espantosa maldición.

—¡Es cierto! Ese maldito terrestre supo engañarte bien, Zankar. ¿Cómo no te diste cuenta en el acto?

—¿Quién diablos iba a pensar que se trataba de un engaño? Lo vi en el suelo y lo recogí, suponiendo que él había tenido que escapar tan aprisa, que no se había dado cuenta siquiera de que lo había perdido.

—Es un tipo demasiado listo —masculló Ilh—Tekir —. Se percató de que acaso podrían robárselode nuevo y mandó hacer una reproducción que es la que tenemos ahora. —Se quedó unos segundos pensativo y luego añadió —: De todas formas, antes de la noche lo tendremos de nuevo en nuestro poder.

—¿Cómo? —preguntó Raysha.

Ilh—Tekir dejó escapar una risita que me heló la sangre en las venas.

—Deja eso de mi cuenta, preciosa. Tú, ocúpate de dar al

gobernador Ilh—Btaes un buen desayuno, ¿entiendes lo que quiero decirte?

La rendija me permitía ver en parte lo que sucedía en el interior. Con granasombro, reconocí a la opulentapelirrojaque había asistido a la fiesta del padre de Yanah. Se había sentado en las rodillas de Ilh—Tekiry le acariciaba con descaro, mientras sus ojos brillaban con fulgores extraños.

—Sí, querido —murmuró, con voz susurrante—.

Haré lo que tú quieras. Pero tienes que prometerme una cosa.

—Lo que digas, Raysha.

—Olvidarás a Yanah y te casarás conmigo.

Ilh—Tekirfrunció el ceño. Era evidente que el programa no le gustaba; aunque muy bella, la pelirroja había perdido ya la frescura de la juventud. Todavía seguía poseyendo una hermosura perturbadora, pero los veinte años habían quedado atrás hacía diez…omás.

Aparte de eso, estaba la inmensa fortuna de Yanah. Y, tengo la seguridad, Ilh—Tekirambicionaba el dinero tanto o más que a la propia Yanah. Presentí que, una vez que el repugnante sujeto hubiera conseguido sentarse en el puesto de gobernador, Raysha sería dada de lado como un trasto inútil..., si no le ocurría algo peor. Esto era muy corriente enla historia de Lidon; traiciones e intrigas cortesanas de la peor especie, tal como sucedía en nuestro planeta un millar de años atrás.

—Bueno —dijo Ilh—Stoï—, creo que la cosa merece que la celebremos con una copa. En el frigorífico tengo una botella de auténtico champaña terrestre. ¿Qué os parece?

—Estupendo —aprobó Raysha, palmoteando muy contenta.

Me di cuenta de que iba a ser sorprendido en cuestión de segundos. La escalera era larga y el dueño de la casa, Ilh—Stoï, me divisaría antes de que hubiera llegado a la salida.

Sin embargo, había una especie de rellano donde yo estaba. Pasé al otro lado de un salto, confiando en que Ilh—Stoïno me viera al salir.

Un chorro de luz brotó de repente al exterior.

Ilh—Stoïdio dos pasos, acercándose al primer peldaño. De pronto se detuvo en seco.

Parecía haber olvidado algo. Empezó a girar en redondo.

—¡Oye, Assam…!

Se interrumpió de pronto, pues acababa de verme.

No tenía más que una solución. Salté hacia él y le estrellé el puño en la mandíbula con todas mis fuerzas.

Ilh—Stoïcayó rodando con gran estrépito por la escalera. Me precedió en llegar abajo tan sólo unadécima de segundo, tan rápidamente descendí tras él, buscando escapar por todos los medios.

— El calvoquedó tendido al pie de la escalera, por completo inconsciente. Salté por encima de él y abríla puerta exterior, al par que oía gritos y blasfemias en el piso superior (el idioma lidoniano es muy rico en toda clase de imprecaciones y palabrotas).

Unaráfagade intolerable calor me golpeó el rostro duranteun instante. A mi derecha, vi abrirseun negro boquete, causado por un proyectil desintegrante. Por unos centímetros no me había convertido enhumo.

Ilh—Tekir no tuvo tiempo de repetir el disparo: la oscuridad me devoró antes de que pudiera oprimir elgatillo de nuevo.

* * *

Raysha caminaba con paso rápido por las angostas callejuelas que conducen al palacio del gobernador. Iba envuelta en una larga capa que le llegaba hasta los pies y cubría su cabeza con una capucha, cuya sombra no permitía divisar apenas sus facciones.

Una vez fue detenida por la ronda, pero ella enseñó su tarjeta y el jefe de la patrulla le dejó marchar en el acto. Su paso era rápido, nervioso y, de vez en cuando, se volvía para mirar atrás con singular aprensión.

De pronto, cuando ya no faltaban más que un centenar de metros para alcanzar la vasta explanada, en uno de cuyos lados se alza la residencia del gobernador, una sombra saltó sobre ella. Con una mano la agarró por el talle y con la otra le tapó la boca, antes de permitirle exhalar un solo gemido.

Entonces le dije:

—Si lanzas un solo grito, si emites el menor sonido, té degüello aquí mismo. ¿Me has oído?

Sus ojos aparecían desorbitados por el pavor. Tan asustada estaba, que no se atrevió siquiera a realizar un solo movimiento.

—Escucha bien loque voy a decirte: vas a acompañarme a un lugar cercano, donde podremos hablar con tranquilidad. Puede que, de momento te parezca unatontería, pero sólo pretendo hacerte un beneficio. Ahora bien, si gritas, no tendré compasión de ti. ¿Está claro?

Quité la mano de su boca. Ella volvió la cabeza.

Su rostro destacaba como una mancha de lívida blancura contra la negrura de su capucha.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja, temblorosa.

—Eso no importa ahora. Vamos.

La agarré por un brazo y la conduje a una taberna que sabía estaría abierta a cualquier hora del día yde la noche. El dueño se portaba bien con las patrullas y éstas hacían la vista gorda. No obstante, la puerta estaba cerrada y, para que me abrieran, tuve que golpear en la madera según una contraseña convenida.

Un momento después, se descorría una mirilla y unos ojos me examinaron con desconfianza. Puse delante de mí una moneda de diez créditos.

—Abre, Hayt Ilh—Hayt. Soy Franz, el terrestre.

El tabernero nos abrió de inmediato. La moneda cambió de dueño en unos segundos.

—Necesito un reservado, donde esta linda tapada y yo podamos hablar sin temor a ser espiados, Hayt —dije—. Y envíanos una botella del mejor vino que tengas.

—Está bien. Pasad.

El tabernero no hizo la menor señal de extrañeza; no éramos la primera pareja que acudía a su local en secreto.

Había una especie de recibidor, aislado del local de la taberna propiamente dicho, de modo que quien deseaba unreservado podía subir al piso superior sin ser visto por la abundante clientela de Ilh—Hayt. Éste nos condujo a una habitación, en la que penetramos. Permanecimos en silencio hasta que el tabernero hubo vuelto con la botella y dos copas, tal como le había solicitado.

Cerré la puerta con doble vuelta de llave. Vertí vino en las copas y acerqué una ala joven.

—Bebe —le ordené —. Y puedes quitarte la capucha, Raysha.

Ella obedeció. Sus cabellos despidieron reflejosde fuego al ser heridos por la lámpara de la habitación. Se soltó la presilla de la

capa, dejándola resbalar hacia atrás. Sus hombros, de mórbida blancura, quedaron al descubierto.

Era una mujer muy hermosa, preciso es convenir en ello. Recobrada ya de su susto, se mostraba curiosa y sin aprensiones, atenta a hacer resaltar los innegables encantos de su cuerpo opulento.

—¿Quién eres? —preguntó —. ¿Por qué me has traído aquí?

— He estado escuchando la conversación que sosteníais en casa de Ilh—Stoï. ¿Qué veneno piensas usar en el desayunode Ilh—Btaes?

El color huyó al instante de su cara. El pechole palpitó con violencia. Quiso hablar, pero le temblaban los labios.

—No... yo, no...

—Escucha, Raysha, la clase de veneno me importa poco. La vida de Ilh—Btaes, menos. A fin de cuentas, es un lidoniano, y yo, un terrestre. Pero, en cambio, me importan otras muchas cosas. Por eso estamos aquí. Para que me hables con franqueza... y yo también seré franco contigo y te informaré de ciertas cosas que ignoras. Luego, cuando hayamos terminado, liquidas al gobernador y a toda la servidumbre si quieres, pero antes, repito, deseo hablar contigo. ¿Está claro?

Asintió con un «sí» imperceptible. De nuevo había vuelto a aturdirse.

—Tú piensas liquidar al gobernador, creyendo que, una vez que Assam haya conseguido su sitial, te hará su esposa, ¿no es cierto?

Raysha no respondió.

—Bueno, ¿y qué dirías si, después de haber ayudado a Assam a conseguirsus propósitos, ya que, al parecerno tiene paciencia para esperar a que Ilh—Btaes muera de forma natural, te encontrases con que ese sujeto se casaba con la hija de Ilh—Nbarhr.

Raysha se puso en pie como un rayo, con elrostro coloreado por la indignación.

—¡Esono escierto! ¡Assam ha prometido casarse conmigo! —protestó con calurosa vehemencia.

—¿Ah, si? —contesté en tono casual —. Muy bien, liquida al viejo; ya digo que no pienso impedírtelo. Luego, siéntatea esperar. Te saldrán canas antes de que Assamvuelva a dirigirte la palabra.

Haysha se mordió los labios.

—¿Cómo puedes saber tantascosas? —preguntó.

—Noimporta eso ahora —respondí—. Pero es cierto, ¿verdad?

Rayshadesvió la vista a unlado.

—Si no hago lo que me pidió, tampoco se casará conmigo—dijo con voz plañidera.

—De cualquier forma que lo mires, no serás nunca su mujer —expresé con brutalidad—. Así que, puesto que de todas formas te vas a ver plantada, lo mejor será que empieces ya desde ahora a tomarte tu desquite.

Los ojos de Raysha fulguraron de repente.

—¡Ese cerdo...! —barbotó —. Después de que ha conseguido de mí todo lo que quiso... A pesar de todo —estalló —, me gustaría comprobar si es cierto lo que me has dicho.

—Hay un remedio muy sencillo. No pongas mañana ningún veneno en el desayuno de Ilh—Btaes. Luego, di a Assam que te fue imposible, o cualquier otra excusa que te parezca razonable. Pídele a continuación que se case contigo en el acto y prométele que cumplirás sus órdenes una vez que seas su esposa. Ya verás loque te responde. Si tanto te quiere añadí con intención venenosa—, ¿por qué no se ha casado ya contigo?

Hubo una pausa de silencio. Era evidente que Raysha trataba de digerir mis palabras.

De repente, levantóla cabeza hacia mí y preguntó: —¿qué debo hacer, Franz?

Contesté despacio:

—Sólo una cosa: decirme qué interés tiene el anillo para esos dos rufianes.

—No lo se —contestó Raysha con absoluta sinceridad.

CAPÍTULO VIII

Elautoritario mayordomo Bretinvino a despertarme bienentrada la mañana siguiente.

—¡Levántate, perro! Éstas no son horas de que un esclavo continúe todavía en la cama.

Me senté en el lecho, frotándome los ojos, todavía cargados de sueño. Luego miré su nariz, que parecía un tomate maduro.

—¿Cesó ya la efusión de sangre? —pregunté con tono amable.

Bretin se metió con mis antepasados, pero desde la puerta, claro. Luego de zarandear a su gusto mi árbol genealógico, dijo que la dueña de la casa meesperaba impaciente.

—Está bien —contesté—. Acudiré así qua me haya aseado. Y ahora, deja mi estómago en paz, quitándote de mi vista lo antes posible, montón decarroña.

Bretin me dedicó unas cuantas lindezas más, que le contesté de manera adecuada. Pero la cosa no pasó de un torneo verbal. Agotado el repertorio, se retiró a lamerse sus heridas.

Las mías iban por mejor camino, pude comprobarlomientras me bañaba. Por suerte, los lidonianos no tenían escrúpulosen usar medicamentos terrestres y el cicatrizante había obrado maravillas en mi epidermis tan duramente maltratada. Pero, suspiré, no había allí nada que pudiese reducir mi molesta cojera.

Momentos después, me hallaba en presencia de Yanah. La impaciencia le brotaba por todos los poros de su cuerpo.

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó, en tono áspero.

—Paseando —respondí sin inmutarme—. No olvidesque durante más de dos años he hecho la vida de un mendigo y tenía ganas de volver a encontrarme con mis amistades.

Acentué la última palabra, a fin de que entendieralo que no era. Fue una especie de prueba que salió bien; el lindo rostro de Yanah se coloreó al instante.

—¡A saber qué clase de amistades serán las tuyas! —bufó —. Con seguridad, se trata de las que aceptan unos minutos de charla a cambio de una moneda de veinte centésimas.

—¿Ya qué otra cosa puede esperar un esclavo y terrestre, por añadidura? No creo que eso pueda interesarte, Yanah.

—Soy tu ama, por si lohabías olvidado —declaró con no fingido orgullo—. Sabes que puedo ordenarque te azoten hasta que mueras.

—Pero no lo harás. Tú no eres de esa clase de lidonianos —repliqué.

—¡No me contestes! —gritó, indignadísima —. ¿Es que no te das cuenta de que, si lodeseo, a una palabra mía, podría devolverte de nuevo alamazmorra de donde te saqué?

Me acerqué a ella y le miré al fondo de los hermosos ojos.

—Tú no harías jamás una cosa semejante —dije en tono persuasivo—. Eres hija de un hombre que mantuvo muchos contactos con nosotros, los terrestres, yeso, a la fuerza, hace cambiar el modo de pensar. Al contrario, no tolerarías, mientras estuviese en tu mano, que me ocurriese nada malo. ¿Es cierto?

Yanahme miraba como hipnotizada. Su pecho subía y bajaba con afán. Sus pupilas brillaban y tenía los labios entreabiertos.

De pronto, alargué los brazos y la ceñí por el talle.

Yanah arqueó el cuerpo hacia atrás, emitiendo unsuave quejido. Corté sus quejas, aplastando mis labios contra los suyos. Vaciló unos instantes, pero acabó enlazando sus brazos, cálidos, flexibles como

serpientes llenas de vida, en torno a mi cuello. La respuesta al beso fue franca, sin reservas.

De pronto, pareció recobrar su cordura y se separó de mí con cierta violencia, jadeante, encarnada.

—¡Tú, un terrestre, te has atrevido a besarme! y levantó la mano para golpearme en la cara.

—Es el precio que me cobro por anticipado, a cuenta del favor que voy a prestarte —dije, aferrando su muñeca.

—¿Favor? ¿Qué clase de favor? —preguntó extrañada.

—Es hora ya de que hablemos, Yanah —dije, muy serio. Solté su muñeca, sin que ella se acordase ya de golpearme —. ¿Tienes algún lugar al cual retirarte durante una temporada?

—Sí, mi padre poseía una hacienda en Tsüdon, en la Decimonovena Provincia. Pero ¿por qué hemos de ir a Tsüdon?

—Assam Ilh—Tekirproyecta asesinar al actual gobernador, impaciente por ocupar su puesto. Una vez que lo haya conseguido, vendrá a pedir te que te cases con él. Si no lohaces así, te declarará traidora a Lidon, confiscará tus bienes en beneficio suyo y te venderá como esclava, a él mismo, claro está.

Yanah me miraba boquiabierta.

—¡Eso... es absurdo! —exclamó, después de casi un minuto de silencio. ¿Cómo lo has sabido?

—No importa, Yanah. Lo que interesa ahora es que prepares tus cosas para escapar de aquí. Si no lo haces así, correrás un grave riesgo... a menos que no te disguste la idea de convertirte en la esposa el gobernador de la Novena Provincia.

—¡Eso no! —exclamó ella con singularvehemencia. Luego, muy turbada, añadió—: No acabo de entender cómo has conseguido enterarte de tantas cosas, Franz.

—El cómo importa ahoramenos que preparar tu equipaje y partir cuanto antes hacia Tsiidon. Por el momento, he conseguido parar el golpe contrael gobernador Ilh—Btaes; pero no puedo garantizar que Assam lo intente de otra manera en el menor tiempo posible.

—Muy bien —accedió ella, más calmada —. Llamaré a mi doncella...

—No —corté, tajante—. Hazlo tú, en persona.

Cuantos menos se enteren de tu marcha, mejor para los dos. De

todas formas, tampoco es necesario que lleves un gran equipaje. Si conseguimos llegar a Tsiidon, Assam tendría bastantes dificultades en hacerte venir aquí de nuevo. A fin de cuentas, eres ciudadana de primera clase y hasta un gobernador de provincia debe tener en cuenta ese detalle.

—Es cierto —convino Yanah.

Yen el mismo momento Bretin irrumpió en la estancia sin pedir permiso.

—¡Señora! —gritó, muy excitado—. ¡La radio acaba de anunciar que el gobernador Ilh—Btaes ha muerto a causa de un colapso cardíaco!

La noticia nos dejó sin habla a los dos. Yanah se sintió desfallecer de tal modo, que hubo de apoyarse en una mesa para no caer al suelo. En cuanto a mí, no me sentía mucho mejor.

Ilh—Btaes era ya muy viejo y tenía el organismo gastado por los excesos de toda laya a que se había entregado durante su vida. Cabía que el colapso cardíaco fuese legítimo.

Pero muerto o no de manera natural, lo cierto era que Ilh—Tekirempezaría a actuar en seguida. Faltando el padre de Yanah, cuyas amistadescubrían la redondez de Lidon, era difícil que ella encontrase valedores. Ilh—Nbarhrhabría sabido sortearla tormenta con habilidad, pero ahora sus amistades se pondrían del lado del vencedor.

—Muy bien —dije, una vez me hube recobrado—, prepara tus cosas. Yo voya mi cuarto y regresaré en seguida. Bretin —me dirigí al mayordomo—, ordena que dispongan el coche de la señora en seguida.

Bretin me miró con recelo.

—¿Quién eres tú para darme órdenes en presencia de la señora de la casa? —protestó.

Yanah se interpuso entre los dos.

—Hazlo por mí, Bretin —rogó—. Mi padre te tuvo siempre mucho aprecio. Tenlopresente, te lo suplico.

—Está bien —contestó Bretin de mala gana. Y se fue.

Yanah me miró unsegundo. Luego me dirigió una sonrisallena de luz.

—Estaré dispuesta en pocos minutos —dijo.

Al separamos, me dirigí a mi habitación. Cerré la puerta y entré

en el cuarto de baño. Desmonté el toallero y me quedé con la barra hueca en las manos. Era una barra gruesa, hueca, con el espacio suficiente para esconder dentro elanillo.

Pase la barra en posición vertical, colocando la mano debajo. No salió nada.

Por un momento, me quedé inmóvil, helado de terror. ¿Quién había entrado allí y se había llevado la sortija?

Medio atontado, miré a través de labarra. La luz pasaba libremente a través del hueco. Los dedos se me aflojaron de tal modo, que la barra cayó al suelo y rebotó con metálico tañido.

A pesar de todo, me recuperé en pocos segundos.

No cabía la menor duda; el brazo de Ilh—Tekirera más largo de lo que yo mismo había supuesto y uno de sus esbirros —¿Bretin?— había entrado en mi habitación durante el tiempo de mi ausencia, registrándola a fondo.

Como fuera, la sortija ya no estaba en mi poder,y sin ella había perdido la manera de destruir a Assam Ilh—Tekir.

Salí de mi habitación al instante y corrí hacia el dormitorio de Yanah. La muchacha estaba metiendo algo de ropa en un saco de viaje.

Al verme entrar, lanzó un grito de susto.

—¡Franz!

Agarré las ropas que yacían dispersas sobre la cama y empecé a meterlas de cualquier forma en el saco.

—Vamos, aprisa —dije—. Ya, no podemos perder ni un segundo.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó ella, palidísima.

—No lo sé a ciencia cierta, pero a cada instante que transcurre, nuestro riesgo aumenta de manera terrible. —Até la boca del saco y lo agarré por las asas con una mano, mientras que con la otra cogía el brazo de la muchacha —. Salgamos, pronto.

Echamos a correr. Descendimos a la planta. Cuando atravesábamos el vestíbulo, la puerta se abrió de golpe, y Assam Ilh —Tekir, seguido de media docena de hombres armados, irrumpió en la casa.

Yanah exhaló un grito de espanto. Yo me detuve en seco, con los labios prietos, mirando con fijeza al que se había convertido en nuevo gobernador.

Assam extendió su brazo hacia los dos.

—¡Arrestadlos! —gritó—. Son unos conspiradores contra la paz de Lidon y deben ser juzgados como traidores al planeta.

Los guardias no perdieron tiempo. Se arrojaronsobre nosotros en tropel.

Traté de defenderme, blandiendoel saco de ropa,con el cual conseguí derribar un par de adversarios, mientras Yanah gritaba. De pronto, algo duro cayó sobre mi nuca con devastadora contundencia.

Empecé a caer, a caer...

CAPÍTULO IX

Lapuerta de mi encierro se abrió de golpe.

Assam penetró con una lámpara en la mano, que dejó sobre una mugrienta mesa que, junto con el camastro y una silla; era el único mobiliario de la celda que ocupaba en los sótanos del cuartel de la policía.

La luz de la lámpara me hizo daño, después de tantos días de encierro en las tinieblas.

—Arriba, cerdo —me increpó Ilh—Tekir.

Me puse en pie, tambaleándome como un beodo.

Todo el cuerpo me dolía, convertido en una especie de masa tumefacta y hasta hinchada en muchos sitios. Tenía los labios agrietados y en las mejillas y pómulos había varios cortes cubiertos de costras de sangre seca. Ni siquiera podía mover los dedos sin sentir agonías de muerte.

—De modo que has decidido hacerte el hombre fuerte —comentó Ilh—Tekircon acento sarcástico—.

Bien, Franz Schustel, si ése es tu gusto, no te privaré de ello. Veremos si cuando te envíe al desierto de Kxi—Ntalcontinúas pensando lo mismo.

Me estremecí. ¡El desierto de Kxi—Ntal, el lugar donde un hombre podía morir en pocas horas, abrasado por los rayos del sol, si antes no había sido devorado por las fieras de toda laya que pululabaen aquel espantoso territorio!

Ilh—Tekirnotó mi sacudida y se echó a reír.

—Vaya, parecía que nunca ibas a sentir el miedo, obstinado

terrestre. ¿Qué, te animas ahora a decirme lo que mis hombres han tratado de sacarte en vano durante estos días?

—No sé quién esGómez—respondí—. Y en cuanto a la sortija... estoy harto de decir que me la robaron.

—¡Mientes, perro! —Ilh—Tekirme asestó un terrible puñetazo y me derribó por tierra—. Tratas de engañarme, pero yo te juro que, o me dices la verdad o antes de cuatro horas estarás en pleno centro de Kxi—Ntal.

—Soy tu prisionero —contesté, haciendo esfuerzos por incorporarme.

—¿Acaso me descubres algo nuevo? —replicó él, despectivo —. Vamos, habla. Si lo haces —añadió en tono persuasivo—, te prometo un hachazo limpio, previa anestesia. Dicen que un hombre decapitado conserva la conciencia después de recibir el hachazo fatal durante treinta segundos o más, es decir, mientras queda sangre en el cerebro. Puedo ahorrarte incluso este infernal medio minuto, con una inyección narcótica. ¿Que me contestas?

—Nada. N o tengo nada que decir —insistí.

Me golpeó de nuevo en los labios. Volví a escupir sangre.

—Está bien —dijo—. Tú lo has querido. —Y se dirigió hacia la puerta.

Pero le detuve antes de que saliera. —¡Assam!

Se volvió en redondo, dirigiéndome una mirada de odio infinito.

—¿Qué quieres?

—Mi muerte no resolverá tus problemas. Mientras no recuperes el anillo y encuentres a Gómez, la espada de Damocles continuará pendiendo sobre tu cabeza.

Su rostro adquirió una lividez espantosa. Mi golpe había dado en el blanco.

—¡Pero tú no lo verás! —aulló.

Traté de sonreír a través de la sangre que inundaba mi boca. Escupí un par de veces.

—Yo estoy ya muy bajo, de modo que mi caída no será tan dura como la tuya. Sé lo que pretendes, pero desde aquí te advierto que no lo conseguirás.

—Veremos —contestó él, ya más calmado—. Tengo muchos medios de defenderme, ¿sabes?

—No lo dudo. E incluso puedo admitir que no te suceda nada...

pero desde aquí te aseguro que alguien, un día, quizá no muy lejano, te traicionará.

—¡Bah, tonterías! —contestó Ilh—Tekir, tratando de fanfarronear—. Lo que sí es seguro quea mediodía de hoy estarás en Kxi—Ntal, y esto no es una broma.

—Cada uno tiene escrito su destino —filosofé—.

El tuyo no será mejor, acuérdate de esto que te diga en el momento de morir.

—¡Tonterías! —Y apoyó la manosobre la puerta.

—Una última pregunta, Assam.

—¿Sí? —dijo el tipo, clavando en mí sus menudos ojuelos.

—Yanah... ¿irá también a Kxi—Ntal?

Se echó a reír.

—Te interesa la chica, ¿eh? No; se quedaraen mi palacio.

—Ella es ciudadana de primera clase —argüí—. No puedes...

—Yanah ha sido acusada de conspiración —contestó el miserable, inclinándose hacia mí —. En consecuencia, se ha dictado decreto de confiscación de todos sus bienes, y ella, desposeída de sus derechos ciudadanos, ha sido vendida como esclava. Como es natural —agregó con perversa satisfacción—, la he comprado yo. ¿Estás contento?

Le miré con fijeza y con tremendo desprecio durante unos segundos.

—Conozco tus planes, Assam Ilh—Tekir, y sé que son harto ambiciosos. La caída será muy dura, repito.

Soltó un resoplido de desdén y se marchó. Pero no se iba muy seguro de sí mismo, después delo que le había dicho.

Me quedé solo otra vez en la celda, reflexionando acerca de mi amarga suerte, que, ciertamente, no tenía nada de envidiable. ¡Si, por lo menos, hubiera podido ponerme en contacto con Gómez!

Ydadas las circunstancias en que me hallaba no era previsible que Gómezse pusiera en contacto conmigo.

Además, ¿por qué iba a hacerlo, si no sabía nada de mis andanzas?

* * *

Assam Ilh—Tekircumplió su promesa. Cuatro horas más tarde,

un helicóptero me depositaba en el centro del desierto de Kxi—Ntal, a mil kilómetros de Viidon.

Para mayor escarnio, los guardias me hicieron saltar a escasos metros de un enorme estanque, de más de trescientos metros de ancho, lleno de agua hasta el borde. No se sabía que nadie hubiese intentado beber de aquel líquido sin perecer de modo atroz en pocos minutos. Y no por envenenamiento precisamente, sino a causa de los peces voraces que habitaban en aquel infernal cuenco, alimentado por manantiales subterráneos, que compensaban de este modo la violenta evaporación producida por los feroces rayos del sol.

El helicóptero se alejó raudamente. Quedé solo. El calor me abrumó de inmediato. Era una temperatura tórrida, sofocante, que aplastaba como si poseyera una masa física y tangible. Abrí la boca y aspiré el aire a pleno pulmón, pero sólo conseguí resecar mis fauces instantáneamente. .

Lancé una mirada a mi alrededor, contemplando el desierto silencioso y calcinado por los ardores del sol durante miles de años. Era un lugar impresionante por su salvaje grandiosidad, pero toda su belleza desaparecía cuando se pensaba en la muerte que rondaba por todas partes.

Había algunos pedruscos negros por varios sitios, pero su tamaño era demasiado pequeño para poder utilizar su sombra. No obstante, el agua del estanque producía unos beneficios inmediatos, en forma de ciertos cactos gigantescos que crecían aisladamente en torno a aquellugar.

Las espinas de los cactos eran adecuadas a su tamaño y aparecían duras, capaces de llegar fácilmente hasta el corazón de un hombre. Sin embargo, proyectaban una sombra, y esto, en medio de todo, podía ser de cierta utilidad en momentos tan difíciles.

Me situé a pocos pasos de un cactosy me senté en el suelo, mientras reflexionaba sobre lo amargo demi suerte. No había ni que soñarsiquiera en escapar de aquel infernal desierto; antes de que encontrase una región más hospitalaria, habría de recorrer más de mil kilómetros,y esta distancia, a pie, sin víveres, agua ni armas adecuadas para combatir a las fieras de todo género que aseguraban pululaban por Kxi—Ntal, era imposible de cubrir.

Tal como yo veía las cosas, estaba condenado a muerte.

Mis reflexiones duraron largo rato. De cuando en cuando, me movía en el suelo para seguir la sombra del cactos. Por su longitud, juzgué que quedaban todavía dos horas de luz. Confié en los cinco satélites de Lidon para ver durante la noche. Pero¿cuánto tiempo podría soportar la falta de sueño?

De pronto, observé que la sombra del cactos se movía. Un súbito escalofrío me recorría la espina dorsal.

Era una, de sus ramas espinosas la que se agitaba, como si fuese un largo brazo o tentáculo, mejor dicho, serpenteando en el aire de una forma nada tranquilizadora.

Me puse en pie de unsalto y retrocedí dos pasos.

Al hacerlo, tropecé en un pedrusco y caí de espaldas.

Rodé por el suelo, notando vagamente que tocaba una cosa blanda, pero sin fijarme demasiado en el detalle. Todo mi interés estaba en escapar al largo tentáculo que el cactos había tendido hacia mí.

Parecía una serpiente cubierta de espinas, del grueso de un muslo humano y de una longitud de cuatro o cinco metros. Al final, su cuerpo se bifurcaba en dos ramas algo más delgadas, pero igualmente, provistasde mortíferas espinas. Escapé por centímetros al espantoso abrazo.

Me imaginéfácilmente la suerte que habría corrido. El cactos sólo era una planta carnívora, que me habría atraído hacia su enorme tronco, estrechándome con el tentáculo y llenándome el cuerpo con el veneno de sus espinas. El resto, es fácil de imaginar; habría acabado siendo digerido por los potentes jugos segregados por aquella maligna planta carnívora.

Pero mis sustos no habían terminado. Algo se agitó de pronto, a corta distancia de mis pies.

Recordé la cosa blanda que había tocado al rodar por el suelo. Entonces vi que lo que parecía un pedrusco de forma alargada se movía y agitaba, a la vez que crecía de tamaño.

El animal se estremeció y la capa de arena que lo cubría se desprendió de su cuerpo, haciéndole así visible.

Era un colosal ciempiés, una gigantesca escolopendra de más de un metro de largo y de treinta centímetros de grueso, con treinta o cuarenta pares de patas, cada una de las cuales tenía el diámetro de mi pulgar y la longitud de mi antebrazo. En verdad, era, un

monstruo horroroso, espeluznante.

En su cabeza, provista de numerosos ojos facetados que le permitían cubrir casi trescientos sesenta grados de horizonte, disponíade cuatro enormes antenas vibrátiles, que se agitaban casi sin interrupción. El animal giró de repente y se preparaba para atacarme. No cabía la menor duda que en Kxi—Ntalsólo se podían hacer dos cosas: matar o morir.

Pero entonces, el largo y pesado tentáculo cayó sobre el enorme insecto, aplastándolo casi con su peso y quebrándole una docena de patas de un solo golpe.

El animal se retorció ferozmente, pero los dos brazos del tentáculo espinoso lo tenían bien sujeto. El tentáculo lo elevó en el aire, al parecer con bastante dificultad, debido sin duda al peso del insecto, pero acabó arrastrándolo hasta aplastarlo contra el tronco. Un centenar de púas negruzcas perforaron al instante el cuerpo del ciempiés y un repugnante exudado, que despedía un espantoso olor, empezó a correr hacia abajo.

CAPÍTULO X

Cuandollegó la luz del nuevo día, apenas podía tenerme en pie.

Había pasado la noche en vela, esto por descontado. Pero, salvo en muy pocas ocasiones, no me había atrevido a sentarme en el suelo y no digamos intentar echaruna cabezada, temeroso de ser acometido por una escolopendra gigante o atrapado por los tentáculos de un cactos carnívoro. Si a todo eso se añade la resultante de los malos tratos sufridos durante más de una semana, se comprenderá que mi estado no fuese precisamente lo que se llama florido niboyante. Al contrario, era una ruina física.

El sol empezó a derramar plomo fundido apenas se elevó sobre el horizonte. Con torpeza de movimientos, caminé hacia el estanque. Empezaba a sentir sed y trataba de buscar un medio de poder tomar unossorbos de agua.

Me arrodillé al borde. En seguida, se formó delante de mí un tremendo burbujeo de pequeños seres, no mayores de un par de centímetros, que se agitaban furiosamente. Recordé a laspirañasdel Amazonas, pero éstos eran diez o doce veces más pequeños,

aunque, por las trazas, mucho más feroces.

Era imposible beber. Meter la mano allí significaba tanto como verla descarnada casi en el acto. Y, a juzgar por lo que podía observar, el estanque se hallaba atestado de pececilloscarnívoros.

Un ciempiés se agitó no lejos de mí. Le arrojé un grueso pedrusco y el insecto corrió a esconderse con leve repiqueteo de antenas, semejante al de los crótalos terrestres.

El díafue avanzando y el sol derramaba susabrasadores rayos sobre la planicie calcinada. Mi sed era espantosa y la cercanía de un agua que no podía beber, aumentaba más todavía mis deseos del líquido. Empecé a notar los efectos de la deshidratación.

Busqué una piedra que parecía algo mayor que las demás, con objeto de encontrar siquiera sombra para mi cabeza. La arena hirvió de pronto bajo la roca y tres o cuatro amenazadoras escolopendras me hicieron huir más que a la carrera.

Empecé a notar que perdía fuerzas. Al mismo tiempo, contemplé visiones extrañas, de animales fabulosos que aparecían y desaparecían con rapidez, lanzando extraños aullidos que parecían homéricas carcajadas de burla. Pude darme cuenta de que el delirio empezaba a hacer presa en mi debilitado cerebro.

Comprendí que esto era lo peorque podía sucederme.Cuando el delirio me venciese, trataríade beber agua a toda costa. Entonces, los pececillos carnívoros me devorarían.

De pronto, cuando ya toda mi epidermis era unpuro pellejo, duro, reseco, crujiente, divisé a lo lejos un gigantesco animal que avanzaba hacia el lugar en que me encontraba. Quise correr, huir, pero sólo pude dar unos cuantos pasos antes de derrumbarme, aplastado, exhausto, vencido, sobre el suelo ardiente.

Esperé la muerte calladamente. Algo se interpuso entre el sol y mi maltratado cuerpo. Unos segundos más, pensé, y las fauces de la fiera morderían mi carne.

Pero no ocurrió nada de lo que pensaba. Sonaron unos pasos que hacían crujir la arena. Alguiense arrodilló a mi lado y me puso la mano en laespalda.

—Menos mal —oí decir—. Todavía llegoa tiempo.

Traté de incorporarme. El sujeto me ayudó, a la vez que me ofrecía un recipiente con agua. Bebí ansioso, con avidez, pero no demasiado, porque eldesconocido retiró la cantimplora que

contenía elmaravilloso liquido con presteza.

—No tengas prisa, amiguito —me aconsejó en tono amistoso —. Demasiada agua podría hacerte daño grave. Siéntate, ¿quieres?

Traté demirar en torno mío con ojos que loveían todo turbiamente. Divisé con vaguedad la imagen de algo que parecía ser un colosal camión cisterna, pero de una forma harto peculiar, y sobre todo, de un tamaño excepcional.

Luego miré al hombre que estaba arrodillado a mi lado. Era un sujeto de unos cincuenta años, de barba hirsuta, entrecana, uno de cuyos ojos estaba tapado por un parche negro. Se le veía fuerte y robusto y sonreía con expresión amistosa.

—¿Quién eres? —pregunté, alargando la mano de nuevo hacia la cantimplora.

—Bar Ilh—Ear —contestó, mientras yo vertía el líquido sobre mi cabeza para refrescarme un poco—. Tengo un negocio de venta de pececillos carnívoros y he venido a recoger unos cuantos millares de esos simpáticos animales.

—¡Cómo! ¿Vendes peces carnívoros?

—Así es, por raro que pueda parecerte, Franz Schustel —contestó Ilh—Ear —. ¿Qué quieres? —se encogió de hombros—. La vida es así y hay que tomársela como viene. Si no lo hago yo, lohará otro.

—Pero —dije, en el colmo del aturdimiento—, no acabo de comprender qué utilidad pueden tener unos animales que ni siquiera se pueden comer. ¿O quizá es que, pese a su pequeñez, son un bocado exquisito?

Dada la corrupción que existía en Lidon, no se me hizo demasiado extraño que hubiese tipos con paladares degenerados, capaces de saborear aquellos feroces animalitos.

—No, no los llevo para comer. Algunos ricos gustan de tener estanques llenos de estos bichitos. Los alimentan con animales vivos, y al decir animales incluyo también a los bípedos.

Un terrible estremecimiento sacudió mi cuerpo.

—¿Es posible? —pregunté.

—Ytanto —contestó Ilh—Ear—. Hace años que me dedico a este negocio y, créeme, se obtiene un buen puñado de créditos cada vez que llevo un cargamento. Lo transporto ahí —señaló con el pulgar al enorme camión cisterna que tenía a sus espaldas—. Cada

pececillo me vale diez centésimos, ¿sabes? Cuando descargo el cargamento, los animales salen por una manguera conectada a un contador. Hay veces que he llevado hasta treinta mil de un solo viaje, así que figúrate el negocio que hago.

El tipo me inspiró en el acto una viva repugnancia. A su modo, era uncazador, pero las presas que cazaba vivas estaban destinadas a devorar presas tambiénvivas, y algunas de esas presas, a veces, eran humanos. A no ser porque, a fin de cuentas, me había salvado la vida, le habría pegado un buen puñetazo enla nariz.

—Así que ahora vas a llevar un cargamento —dije.

—Desde luego. Es un pedido especial, tanto, que me los van a pagar a doce centésimos y medio la unidad. Un capricho, ¿sabes? —Me guiñó un ojo—. Hay alguien muy alto que tiene ganas de divertirse, Franz Schustel.

Miré fijamente a Ilh—Ear.

—Antes dijiste que era una suerte haber llegado a tiempo. Ahora pronuncias mi nombre, sin que yo lo haya mencionado. ¿Quién te ha enviado aquí, Ilh—Ear?

—Bueno, tenía que venir de todas formas —contestó el simpático tuerto, porque lo era, pese a su repugnante profesión—, de modo que alguien me pagó para que saliera cuanto antes de Viidon y procurara llegar a tiempo a este paraje. Me pagaron doscientos créditos por el servicio, ¿sabes? —Volvió a encogerse de hombros —. A mí me tiene sin cuidadoque seas terrestre, Franz.

—Gracias —contesté un tanto secamente—. Y, ¿quién te hadicho que yo estaría aquí?

—Lo siento. —Los ojos deIlh—Ear formaron de repente una línea delgada —. Me pagó los doscientos dólares y me ordenó qua ni a ti mismo te lo dijera.

—¿Yanah Ilhya—Nbarhr? —sugerí.

—He dicho que losiento. —Ilh—Ear se puso en pie—. Puedes guarecerte en la cabina de mi camión; dispone de aire acondicionado. ¡Rayos, estoy medio muerto! He viajado sin parar durante veinticuatro horas, cosa que no había hecho en los días de mi vida. Pero, aunque sólo fuera por dejar con un palmo de narices a ese asqueroso y cerdo hijo de perra llamado Assam Ilh...

—¿Qué sabes de él? —pregunté. Ilh—Ear torció el gesto.

—Sencillamente, que si no sedegüella él mismo, un día

habráalguien que lo haga con gran contento general. Al menos, Ilh—Btaes era de los que vivían y dejaban vivir, pero este granuja ve visiones por todas partes. Cualquiera, para él, es un conspirador contra el Supremo Consejo de Supergobernadoresy… Bien, tiene las cárceles atestadas de tipos que se le han antojado sospechosos. Más de uno ha muerto ya, incapaz de soportar los tormentos que le aplican los esbirros de su policía.

— De modo que teme una conspiración, ¿eh? —murmuré pensativamente. Uno de los medios favoritos de cualquiera que conspirase era llamar conspiradores a los demás y, con este pretexto, liquidar a la oposición.

—Eso es loque se dice. A mí, loque me parece —contestó Ilh—Ear—, es que quiere demostrar de esa manera su inocencia en la muerte de Ilh—Btaes. No hay ni uno solo que no crea que ese tipo lo despachó para colocarse en su puesto.

—Las radios anunciaron la muerte del anterior gobernador a consecuencia de un colapso cardíaco —alegué.

Ilh—Ear se echó a reír.

—Una almohada sobre la cara provoca los mismos síntomas. Y es tan fácil de mantenerla apretada sobre la cara de un viejo gastado como Ilh—Btaes durante un minuto.

—Está bien —dije—. De todas formas, me preocupan más otras cosas. Por ejemplo, la persona que te pagó doscientos créditos por llegar a tiempo a este infernal paraje.

—Olvídalo, Franz —contestó el tuerto —. Cuando hago un trato, lo cumplo hasta el final. No tengo demasiadas virtudes, pero al menos, soy leal a quien me paga.

—Al menos —añadí, tratando de saber algo más—, podrás decirme quién te ha hecho este pedido especial, por el que incluso te ha pagado más del precio acostumbrado.

—Desde luego. Y como no me ordenó callar, te lo diré. Ha sido el propio gobernador. —¡Ilh—Tekir! —exclamé.

—Justamente, Franz.

—Pero ¿para qué demonios puede querer él un cargamento de estos peces?

Ilh—Ear se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Me pagan y los llevo. Si me pongo tonto, ordena que me decapiten, me confisca el camión y tiene los peces de todas

formas. Así que si le llevo veinticinco o treinta mil, podré obtener más de tres mil quinientos créditos. Y con doscientos por rescatarte a ti, rozaré los cuatro mil. Bueno, chico, voya ver si preparo mi labor.

Entré en la cabina del colosal vehículo, vasta, espaciosa, con sitio suficiente para colocar literas para dos personas. La frescura de su interior representó un notable alivio para mis padecimientos.

Ilh—Ear se sentó a mi lado. Puso en marcha el vehículo y lo situó de popa hacia el estanque.

Manejó los controles. Por medio de un circuito cerrado de televisión, erafácil ver lo que sucedía a espaldas de la cabina. Una larga manguera, de unos diez o doce centímetrosde grueso, fue proyectada poco a poco y se introdujo en el interiordel estanque.

A continuación, Ilh—Ear sacó de un departamento especial unos cuantos animales vivos, semejantes a conejos terrestres, los cuales arrojó al agua, en las inmediaciones de la manguera. Volvió a la cabina, siempre moviéndose con singular rapidez, y manejó otro control.

—Ahora funciona una aspiradora que succiona a los peces, arrojándolos al tanque que ya está llene de agua —explicó—. Como puedes ver, un trabajo sencillo.

—Este vehículo no está hecho en Lidon —dije.

—No —sonrió el tuerto—. Lo construyeron en tu planeta, conforme a mis instrucciones. Me costó un buen pico, pero mereció la pena.

Era un ser repugnante y simpático, al mismo tiempo. Me dio más agua y luego, cuando hubo terminado la tarea, comimos en abundancia.

Al concluir, manifestó que estaba muy cansado y me pidió que condujese yo el vehículo.

—De acuerdo —contesté—, pero con una condiciónhemos de entrar en Viidon de noche.

—Bueno —accedió el tuerto.

Se tendió en su litera y momentos después roncaba como un bendito.

CAPÍTULO XI

Lapuerta del reservado seabrió con sigilo, y una mujer, cubierta con una larga capa y tapado el rostro con una capucha, penetró en la estancia. Ilh—Hayt, el tabernero, cerró discretamente.

Raysha se quitó la capucha.Su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa de alegría.

—Me alegro de verte vivo, Franz —dijo.

—Yotambién, Raysha. Vivo, pero molido. ¿Quieres una copa de vino?

Raysha lanzó la capa a un rincón. Se sentó frente a mí y me dirigió una profunda mirada, mientras llenaba su copa.

—Cuando pueda —dije—, te devolveré los doscientos créditos que pagaste a Ilh—Ear por darse prisa y llegar al estanque a tiempo. Gracias, de todas formas, por haberlo hecho.

Enrojeció de tal modo, que el color le llegó hasta el nacimiento del seno, firme y opulento. No obstante, continuó manteniendo la sonrisa.

—Era lo menos que podía hacer por ti —contestó—. Tus palabras resultaron terriblemente proféticas.

—Hasta un idiota podría haberlo visto, y no te ofendas por ello, Raysha, pero es que a veces el amor pone una venda en los ojos.

Ella bajó la vista, un tanto confundida.

—Sí, eso es lo que me pasaba a mí, Franz —admitió.

Tomé un largo trago de vino. .

—¿Te dieron mi recado? —pregunté.

—Esta mañana. Paro no pude venir hasta ahora, Franz.

—Comprendo. No te preocupes. Dime una cosa: ¿cómote enteraste de que estaría allí?

—Se lo oí a Assam. Dijo que iba a enviarte a Kxi—Ntal. Supuse que los guardias te dejarían en las cercanías del estanque. Es la costumbre, para hacer padecer más a los condenados.

—Comprendo. Y luego habló del cargamento de peces carnívoros.

— Sí.

—¿Para quién están destinados?

—Tiene intención de dar una fiesta dentro de cuatro días. Se celebra el centésimosexto aniversario de la llegada del primer terrestre a Lidon y va a invitar al embajador de tu planeta como

huésped de honor. Supongo que querrá hacer un numerito especial en obsequio suyo.

Apreté los labios.

—Me imagino fácilmente quien va a ser el protagonista del número —mascullé—. Dime, ¿sigue Yanah en el palacio?

—Desde luego. Es su esclava.

—Recuerda que te lo profeticé. ¿Le hiciste la sugerencia de casaras en seguida?

Raysha volvió a enrojecer.

—Sí. Dijo que debía esperar algún tiempo. Mencionó algo acerca de llegar a ser nombrado Supergobernador en un plazo próximo y luego presidente del Supremo de Supergobernadores.

—Ymás tarde, Secretario General de la Liga de Sistemas Planetarios Unidos. Por desear y pedir, no quedará —comenté sarcásticamente —. Pero no se ha casado contigo.

—Ni se casará —contestó ella con acento amargo.

—No te preocupes. Ni lo lamentes, Raysha. Es un sujeto ruin, despreciable, con todos los defectos y ninguna virtud. Antes de un año, tu vida a su lado habría sido un infierno. —La tomé por la barbilla y la hice mirar hacia mí—.Eres joven y hermosa; a los treinta años, una mujer como tú tiene toda una vida por delante.

Raysha sonrió.

—Eres un muchacho excelente, Franz. Lástima que Yanah esté ya enamorada de ti. De lo contrario, lucharía por conquistarte.

—Gracias, preciosa. Supongo que Yanah estará muy triste.

—Sí, claro. Imagínatelo tú mismo. Pero se alegrará infinito cuando sepa...

—¡Chitón! Que no se entere de nada. Una alegría extemporánea podría traicionarla, Deja que siga en la creencia de que he muerto en Kxi—Ntal. Y ahora, contéstame a estas dos preguntas,

—De acuerdo —dijo ella.

—Primera: ¿cómo está laservidumbre deYanah?

—Todo continúaigual. Assampublicóun interdicto deconfiscación. La dueña, claro está, fue vendida de inmediato, pero el palacio y las personas que lo cuidan continúan en él, en espera de la resolución definitiva.

—Lo cualquiere decir que Bretin continúaal frente de la servidumbre.

—Así es.

—Bien.Y ahora dime, ¿continúa residiendoIlh—Stoï en la misma casa o se ha mudado alpalacio del gobernador?

—Sigue en la misma casa. Es lamano derecha, pero secreta, da Assam, y por esa razón les conviene continuar de esa manera.

—Muy bien —dije—. Creo que con esto tengo ya más que suficiente, Raysha. Ahora hazmeel último favor. Déjame algo de dinero; estoy sinun solo centésimo y el tabernero no vive del aireprecisamente.

Raysha sonrió. Me entregó una bolsa llena de monedas.

— Pensé que te encontraríasen dificultades—dijo. Se puso, en pie y suspiró.

—Es una lástima que hayallegado tarde, Franz. Siempre detesté a los terrestres, pero me imagino que esto era cosa más de la educaciónque de una visión acertada de las cosas.

—Celebro que te sientas comprensiva —sonreí.

La tomé por los hombros y aplastó sus labios con losmíos. Gracias una vez más, Raysha.

La ayudé a ponerse la capa. Momentos después, me había quedado solo.

Llené la copa de nuevo. Empecé a pensar en un plan de acción medianamente viable.

Pero antes necesitaba, por lo menos, veinticuatro horas de absoluto descanso. Si no lo hacía así, corría el riesgo de desfallecer cuando más necesitase de todas mis reservas físicas.

* * *

Veinticuatro horas mástarde, ZankarIlh—Stoïabrió la puerta de su cuarto, encendióla luz y, al volverse, me vio a mí sentado en un sillón, en el centro de la estancia.

Su primer gesto fue meter la mano dentro de los pliegues de su ropaje, pero contuve sus movimientos, enseñándole una pistola desintegrante.

—Aparta esa mano de ahí —ordené en tono seco—. Separa los brazos de tu cuerpo y no vuelvas a mover ni una pestaña si quieres continuar alentando.

Palideció. Ni siquiera tuvo ánimos para mirarme con odio. Creo

que en aquellos momentos, estaba pensando en que se hallaba delante del fantasma de un sujeto muerto días atrás.

—¿Q... qué es lo que deseas? —preguntó. Me puse en pie.

—Vuélvete y estira los brazos hacia adelante. Las palmas juntas... Así, muy bien.

Le di un ligero toque en la nuca con el cañón de la pistola que me había proporcionado Ilh—Hayt. El tipo lanzó un gemido y cayó de rodillas, completamente atontado. Aproveché la ocasión y le registré con meticulosidad, desposeyéndole de un afilado puñal y de una pistoladesintegrante, armas ambas que fueron lanzadas a unlado de la estancia.

Luego me retiré unpoco y esperé a que Ilh—Stoï se pusiera enpie. Me miró turbiamente, con ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué me has golpeado? —preguntó con lengua estropajosa.

—Porla puñalada que asestaste al hombre que me esperaba en mi habitación...

—¡No fuiyo!—protestó—. Fue...

—Assam Ilh—Tekir, ¿verdad?—pregunté, sonriendo con sarcasmo, al ver que se interrumpía de pronto.

Ilh—Stoï: apretó los labios. —No diré nada—contestó. Le apunté con la pistola.

—En realidad, conocer la identidad de un asesino, importa menos que saber el paradero de cierta sortija. Yeso es loque me interesa ahora. Contaré hasta cinco; si al terminar no me lohas dicho, te convertiré, con gusto y sin pensarlo, en un mantoncito de cenizas. ¡Uno!

Empezó a sudar.

—¡Te lojuro; yo no...!

—¡Dos! —dije fríamente.

Se puso de rodillas, juntando ambas manos con gesto abyecto.

—¡Por lo que más quieras, créeme!

—¡Tres!

—Ha sido Assam... ha tenido que ser él... Yo no sé nada, nada...

—¡Cuatro!

—Es cierto que la estuve buscando, pero no conseguí hallarla... ¡No!—chilló espeluznado al ver que me disponía a pronunciar la palabra fatídica.

Medité unos segundos. Ilh—Stoïparecía decir la verdad.

Había llegado a pensar que Bretin había sido el autor de la sustracción y que luego había entregado a Ilh—Stoïla famosa sortija. Sin embargo, mis deducciones habían fallado.

¿Y si el mayordomo Bretin continuaba teniéndola en su poder?

Sería cosa de comprobarlo, me dije.

—Levántate —ordené en tono seco.

Ilh—Stoïlo hizo, todavía con el semblante cubierto de sudor.

—¿Vas... a disparar contra mí?

—Todavía no lo sé —respondí, especulando con su pánico —. No acabo de creer lo que me has dicho.

—Registra mi casa —ofreció, manoteando con terror—. Átame si quieres, mientras buscas la sortija...verás que no está aquí...

—¡Calla! —corté de pronto, asqueado por tanta abyección —. Dime una cosa. Yanah, ¿en qué habitación está?

—En... en la más alta del lado occidental del palacio... Assam tiene siempre dos guardias delante de su puerta...

—Es suficiente —dije—. Espero que dentro de poco os decapiten a los dos en la plaza pública. Disfrutaré mucho con el espectáculo, te loaseguro. Yme volví en redondo, dispuesto a abandonar la estancia.

Sonó un ruidito raro a mis espaldas. Giré de nuevo.

Ilh—Stoïse había abalanzado sobre su pistola, que yacía en el suelo, y la empuñaba ya, con ánimo de dispararme por la espalda.

Era loque estaba esperando. Pensé durante una centésima de segundo en los infelices que habían muerto y padecido tormentos indecibles a manos de aquel par de granujas, pensé también en lo que podrían padecer todavía otros muchos, si no se ponía coto a una carrera de crímenes que apenas si había hecho otra cosa que empezar; pensé también en las graves complicaciones interplanetarias que la paranoica conducta de aquel par de granujas estaba a punto de causar; en todo ello pensé, mucho más que en mis propios sufrimientos y vejaciones.

Entonces, cuando él se incorporaba, con un brillo de odio en los

ojos, pulsé el gatillo del arma y lo desintegré.

CAPÍTULO XII

Dejé que transcurrieran otras veinticuatro horas. Imaginaba que Ilh—Tekir estaría frenético, al observar la desaparición de su compinche, pero había también otra persona a la cual quería someter un poco a la prueba de los nervios. Mis planes estuvieron a punto de fallar, sin embargo, por exceso de confianza; es decir, por haber dado por sentado que era yo el único que actuaba. Y es que no hay peor cosa que creerse uno el ombligo del mundo.

No hacía mucho rato que había anochecido. Estaba en mi cuarto, considerando si debía marcharme ya o esperar unos minutos, cuando, de pronto, escuché unos tremendos golpes en el portón de entrada.

Mi primer gesto fue agarrar la pistola desintegrante y comprobarel indicador de carga. Tenía para dos docenas de disparos. Luego apagué la luzy abrí la puerta poco a poco.

Oívoces destempladas en el piso inferior. Ilh—Hayt protestó, pero sus protestas de poco le sirvieron. Sonóun seco chasquido y luego el ruido de un cuerpo que caía al suelo.

—¡Registradlo todo! —ordenó alguien con voz tonante.

En seguida se oyeron muchas pisadas en el interior de la casa. También se oyeron no pocas protestas por parte de los clientes de la taberna.

Comprendí lo que sucedía. Ilh—Tekirse había enterado de la muerte de su más eficaz colaborador y sospechaba —o acaso lohabía confirmado, enviando un helicóptero a investigar—, que yo había podido escapar de aquel infernal desierto de Kxi—Ntal. En consecuencia, había ordenado un registro a fondo de la ciudad.

La misma voz sonó casi acto seguido, interrumpiendo mis reflexiones.

—¡Que nadie salga de aquí sin mostrar su identificación! ¡Si alguno sale por un sitio que no es la puerta, disparad contra él! ¡Transmítelo así a los que están en el exterior!

Eso sólo significaba una cosa: el edificio estaba rodeado. Por lotanto, me era imposible escapar saltando por la ventana.

Retrocedí, situándome al otro lado de la puerta, mientras buscaba frenéticamente un modo de salir de aquel atolladero. De súbito, escuché pasos que se acercaban a mi cuarto.

Apreté aún más la culata de la pistola, dispuesto a todo con tal de no caer prisionero. Esta vez, Ilh—Tekir no se entretendría en torturarme; haría que me decapitasen en el acto.

La puerta se abrió despacio. Una cabeza asomó y atisbó el interior. Me di cuenta de que no podría golpearle en la nuca, ya que el casco protegía su cráneo. Pero sí podía hacer otra cosa.

Alcé la mano izquierda y la descargué de filo, con todas mis fuerzas, en la base de su cuello.

Un estremecimiento eléctrico sacudió el cuerpo del esbirro. Empezó a caer hacia adelante, pero tuve tiempo de refrenar el golpe, evitando así un ruido que me habría delatado.

No tardé mucho más de un minuto en ponermesus ropas. Y antes de dos, estaba convertido en un soldado más de la ronda, con los nervios en tensión y procurando, por encima de todo: disimular mi cojera. Estaba seguro de que Ilh—Tekirles había citado este detalle, a fin de ayudar a mi identificación.

El jefe de la patrulla era un sujeto de pésima catadura, con insignias de teniente.

—Arriba no hay nadie —declaré con voz natural.

—Muy bien —contestóel tipo, apenas sin mirarme —. Sal fueray aguarda.

—A tus órdenes. —Saludé y crucé el umbral. Habíavarios soldados en hilera, a diez o doce metros de la casa, con las armas a punto, separados por un espacio de varios metros. Me acerqué a uno de ellos y dije:

—No sé por qué, pero me parece que el pájaro ha volado ya.

El soldado se encogió de hombros. Era evidente que todo aquello le dejaba indiferente; tanto le daba atraparme como que yo me escapara. Para él, era una simple cuestión de rutina.

—Mejor para él —masculló entre dientes.

En el interior de la casa continuaba el jaleo. Me separé dos pasos del soldado.

De pronto, lancé un grito, a la vez que extendíala mano.

—¡Eh, tú! ¿Adónde demonios vas? ¡Párate! ¡Párate, digo, o te abraso!

Los soldados que estaban por allí, volvieron la cara instantáneamente. Yo seguía gritando a más y mejor, lanzando atronadores denuestros contra un fugitivo inexistente. Di un par de pasos y de pronto «caí» al suelo, soltando un chillido de dolor.

—¡Mi rodilla! ¡Vamos, muchachos, seguidle; se ha metido por esa calleja!

Los guardias echaron a correr en aquella dirección. El jefe de la patrulla salía en el momento que yo me ponía en pie.

—¿Qué pasa?

Empecé a quejarme.

—¡Maldita sea! ¡Vi un sujeto que corría... debe de ser el tipo a quien perseguimos, pero tropecé y... ! ¡Uf, esta maldita rodilla!

El oficial no aguardó a más; soltó un bramido y desapareció, seguido de sus hombres.

Yyo me desvanecí por el lado opuesto, sudando copiosamente, sin acabar de creer aún en mi buena suerte.

* * *

Cuando la luz le despertó y abrió los ojos, Bretin se encontró ante la boca del cañón de una pistola desintegrante.

Se mantuvo en silencio durante unos momentos; luego, con relativa tranquilidad, se sentó en el lecho.

—Bien, Franz Schustel—habló sin temor —; veo que eres mucho más afortunado de lo que creía.

—¿Pensabas que a estas horasno era más que un montón de huesos calcinados en Kxi—Ntal, ¿no es cierto?

—¿Quién hubiera sido el tonto capaz de haber pensado otra cosa? —Echó las ropas de la cama a un lado y se sentó en el borde —. Si no te importa, me gustaría hablar contigo en una postura menos incómoda.

—Desde luego —acepté —, pero si intentas algo que no me guste, te pondré en una postura mucho más incómoda todavía.

Bretin sonrió muy tranquilo. Metió los pies en unas pantuflas y se puso una bata.

—Muy bien —dijo—. Y ahora, habla. ¿Qué es lo que buscas?

—Demasiado lo sabes. —Alargué la mano izquierda —. El anillo de oro.

—¿Tanto te preocupa? —Era una admisión implícita de que la sortija estaba en su poder.

—Tanto —respondí—, que si antes de treinta segundos no está en mi poder, lo buscaré yo mismo, después de haber aventado tus cenizas.

Bretin sonrió.

—No será preciso llegar a extremos tan dramáticos. —Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó la joya —. Aquí está, Schustel.

Di un paso hacia él, pero retiró la mano.

—Un momento, ¿no te gustaría conocer cuál es el secreto de esta sortija?

Le miré con expresión desconfiada. ¿Qué treta estaba preparándome?

Bretin sonrió:

—No temas —dijo, como si adivinase mis pensamientos —; no pienso causarte el menor daño. Toma la sortija si quieres, pero, por favor, no te vayas, sin antes haber hablado conmigo.

—No puedo prometer nada —contesté en tono hosco—. Tú no sientes ninguna simpatía hacia mí y no me fíoen absoluto de cuanto me estás diciendo.

Bretin levantó los hombros.

—A tu gusto. ¿Me permites un momento?

Yacto seguido, con entera naturalidad, se dirigió a una mesa situada en unrincón, sobre la cual divisé una cajita oblonga, de unos diez centímetros de grueso, por veinte de ancho y un poco más de largo, colocada en posición vertical. Presionó un resorte y la cajita se abrió, dejando ver un extraño aparato, muy parecido a un diminuto proyector cinematográfico.

—¿Qué diablos es eso? —pregunté.

—Un poco de paciencia. Ahora lo verás. ¿Quieres devolverme la sortija de nuevo, por favor?

Accedí, aunque a regañadientes. Bretin dijo: —Acércate y mira.

Hice lo que me decían. Bretin tomó la sortija con el índice y el pulgar de la mano izquierda, en tanto que con la uña del índice derecho presionaba en uno de los ángulos del espacio plano, donde debiera haber sido grabado el sello. Entonces, se abrió un microscópico orificio y un cable metálico, del grosor de un cabello humano, surgió cuatroocinco centímetros fuera de la sortija.

—¿Qué diablas es esto? —pregunté, un tantoamoscado.

—Un mensaje. —Un... ¿qué?

—Lo que has oído. Un mensaje por un lado y un documento muy comprometedor por otro. Aunque te parezca mentira, es un hilo magnetofónico y dentro de la sortija hay bastantes metros. Éste era el secreto de la joya.

Contemplé el hiloestupefacto, durante unos segundos.

—Bueno, pero ¿qué diablos dice ese mensaje? —estallé, al cabo.

—Si me dejas, lo insertaré en el proyector y podrás ver y oír. Naturalmente, yo ya lo conozco.

En medio de mi asombro, Bretin manipuló unos instantes en el proyector. Luego, apagó la luz de la estancia y puso el aparato en funcionamiento, encarado a un trozo liso de pared. En el mismo momento, surgió un cuadrado blanco delante de mis ojos.

El rostro de Ilh—Tekirapareció casi al instante.

Hablaba y hablaba, y su parlamento no tenía nada de agradable, pese a su grandilocuente fraseología y a los términos que empleaba, de una exaltada xenofobia. En resumen, estaba incitando a todo el mundo a asesinar a los terrestres y a devolver a Lidon su antigua grandeza, sus viejas costumbres, etcétera, etc...

A continuación, empezaron a salir una serie de nombres, todos ellos, al parecer, de sujetos relacionados con Assam Ilh—Tekir. Pese a su relativa poca longitud, la misma finura del hilo magnetofónico permitía el almacenamiento de una gran cantidad de nombres y de datos.

Bretinencendió la luz.

—Creoque esto ya no te interesa tanto, Schustel —dijo—. Más que nada, interesa al embajador terrestre y, por descontado, al Presidente del ConsejoSupremo de Supergobernadores y al Secretario General de la Liga de Sistemas Unidos, quienes tendrán su copia en el momento adecuado.

Me pasé una mano por la frente.

—No entiendo —dije, aturdido—. ¿Quién diablos eres tú?

Bretin emitió una sonrisa benevolente.

—Parece mentira que no hayas sabidoadivinarlo.

Yo soy el hombre a quien todos buscaban con gran ahínco.

—¡Gómez! —estallé, con ojos fuera de las órbitas.

CAPÍTULO XIII

Suerteque Gómezme sirvió una copa de vino. De lo contrario, creo que me habría caído redondo allí mismo.

Pero el vino, además de confortarme, hizo que me sintiera irritado.

—De modo —mascullé—, que tú eres un condenado agente de la Tierra... y he sido yo el que, sin comerlo ni beberlo, sólopor una maldita serie de circunstancias, te he sacado las castañas del fuego.

—Por todo lo cual —respondió Gómez, impávido—, se te demostrará el agradecimiento, por quien debe hacerloy en la forma más adecuada.

—Eso me importa poco ahora —mascullé—. El caso es que he estado corriendo los peligros que te correspondían a ti.

—Eras el señuelo para que Ilh—Tekiry los otros me dejasen en paz.

Alargué la mano y llené la copa de nuevo.

—Está bien —dije—. Y ahora, desembucha. Creo que, después de todo lo que he pasado, tengo derecho a saber cuanto ocurre.

—Es bien sencillo. Ilh—Tekirhace tiempo ya que está conspirando con motivos aparentemente patrióticos, pero que, en realidad, esconden bastardas ambiciones personales.

»Por supuesto, hay muchos Iidonianos que leapoyan deseosos de que se perpetúe el actual estado de cosas. Sin embargo, hay otros muchos, gente progresiva deespíritu abierto, que piensa que es horaya de empezar a cambiar la fisonomía política delas gentes. Entre los que piensan así, naturalmente, están la mayoría de los Supergobernadores.

»Ahora bien, lo que Ilh—Tekirbusca es poner al Consejo Supremo ante una serie de hechos consumados que, además, solivianten a la opinión pública y exciten la xenofobia y el patriotismo a ultranza de los lidonianos. Entonces, acusará al Consejo de lenidad y primero hará destituir a sus componentes yluego los suprimirá físicamente, colocando en su lugar a tipos adictos a él.

Gómeztomó un sorbo de vino, mientrashacía una pausa en su relato:

—Una vez en sus manos las riendas del planeta, se separará de la Liga de Sistemas Unidos y fundará una entidad análoga, con los gobernantes de unos cuantos planetas que, más o menos, componen ya una sociedad secreta y que son tan ambiciosos y tan sin escrúpulos como él. El resto puedes imaginártelo fácilmente; el terror y la tiranía serán los dueños de esa serie de planetas, en provecho de unos pocos desalmados, la mayor parte de cuyos nombres figuran en la relación que has visto proyectada en la pantalla.

—Creo que voy entendiendo —murmuré—. Y así, Ilh—Tekirempezará por un estallido de xenofobia, a fin de excitar a las masas demasiado impresionables. Los lidonianos tienen ganas de paz y de libertad, pero en cuanto oyen mencionar a un terrestre, pierden los estribos.

—Exactamente. Y la matanza ocurrirá dentro de dos días, en la fiesta que Ilh—Tekirorganizará en su palacio, en presencia del embajador terrestre y de los altos funcionarios de la embajada y con la asistencia de dos Supergobernadores, los de las Regiones Segunda y Sexta, como delegados del Consejo Supremo.

—Veo que estás muy bien enterado de todo lo que acontece —observé—. ¿Sabía Ilh—Tekirque tú eras Gómez?

—Nadie loha sabido hasta ahora.

—Un buen sitio para esconderte —comenté, moviendo lamano en circulo—. Pero, dime, ¿por qué me mandó llamar el padre de Yanah?

—Se lo aconsejé yo. Hacía ya mucho tiempo que te venía observando y conocía tus antecedentes de capitán patrullero. Sabía que eras vivo, astuto e inteligente, yque aunque no fuera más que por curiosidad, me seguiríasla corriente, Sin saberlo tú mismo, fuiste un agentede la Tierra…y de la Liga de los Sistemas Unidos, todo hay que decirlo. Por eso mencioné antesuna importante recompensa para ti.

—Sólo deseo una, Gómez; y tú sabes bien cuál es.

Gómezve echó a reír.

—Claroque si. Descuida, tendrás lo que deseas, Schustel, ademásquedarás libre y podrás volver a la Tierra.

—Solo, no,desde luego —refunfuñé.

—Eso ya depende de tus dotes de persuasión —dijo Gómezen

tono malicioso.

—Confíaen ellas —contesté con orgullo —. Y ahora, quierosaber unascuantas cosas. Fue Ilh—Tekir el asesino deIlh—Nbarhr, ¿no es cierto?

—Me imagino que sí. Ese canalla sabía que Ilh—Nbarhrpertenecíaal círculodepersonas que desean modificar el sistema de vida lidoniano. Por supuesto, Ilh—Nbarhrera el alma de la conspiración y no sólo con su aliento personal, sino también gastándose sus buenos créditos cuando hacía falta.

—Yo le golpeé para quitarle el anillo —dije pensativo—, pero él se despertó. Seguramente, acechó a Ilh—Nbarhr, creyendo que éste había recibido el anillo... aunque falló en esto. Por cierto, ¿qué decía la carta que estaba leyendo Ilh—Nbarhr cuando fue asesinado?

—Le hablaban de mí. El hombre que apareció acuchillado en tu habitación, y que era un agente mío, cometió la imprudencia de escribir y de citar el punto donde podíahallársele, no en tu casa, sino en donde se hospedaba. Ilh—Stoïestuvo vigilándole, ya que queríaaveriguar más datos de él y cuando se dirigió a tu domicilio, le siguió. El resto ya lo sabes.

—AsíqueIlh—Nbarhrsabía que todas las negociaciones habíande ser conducidas a través de un tal Gómez, pero ignoraba que eras tú —dije—. ¿Por qué no te presentaste antes?

—No era el momento adecuado —contestó Gómezy comprendíque tenía razón.

Tomé un nuevo sorbo de vino con gesto pensativo.

—Ahora—dije—lo importante para mí es rescatar a Yanah.

—Desde luego —convinoGómez.

—¿Se te ocurre alguna idea? —pregunté.

—A menos que te disfraces... El palacio estará muy vigilado esa noche.

—La cojera me delatará —manifesté con pesar. Gómeztomó su copa y se puso a pasear por la habitación. Guardamos silencio de nuevo.

Pasaron unos minutos. De pronto, Gómezse volvió hacia mí.

—Creo que ya tengo la idea —exclamó.

Cuando me expuso su plan, hube de reconocer que, en efecto, era el único viable para que yo pudiera penetrar en, el palacio sin

ser reconocido.

* * *

La fiesta empezaría después de anochecido. Eran las cinco de la tarde cuando el enorme camión tanque que contenía los peces carnívoros, entraba en el palacio, conducido por Ilh—Ear y conmigo de ayudante.

En Lidon no se usaba el bigote y el que llevaba gafas era considerado como un bicho raro, así que mi disfraz hubo de consistir en el teñido de mipelo, que de negro pasó a pelirrojo y la «administración»de una buena dosis de falsas pecas en la cara. Con esto y un par de trozos de goma entre las mejillas y la encía, lo cual me dejaba un rostro mofletudo, pude cruzar todos los puestos de control sin sufrir el menor inconveniente.

Parecerá; raro que Ilh—Ear tuviese aún los peces en la cisterna, pero se debía a que los obreros no habían terminado aún de construir el estanque para la fiesta, cuya excavación había concluido aquella misma tarde. El maquillaje había sido idea de Gómez, en tanto que el penetrar como ayudante deIlh—Ear era cosa mía y de doscientos cincuenta créditos que Gómez me había prestado generosamente para convencer al tuerto de que necesitaba un ayudante.

Por fortuna, el palacio disponía de puertas lo suficiente anchas para permitir el paso del camión. Los constructores habían desplegado un derroche de colosalismo arquitectónico, con poco arte, desde luego, pero que convenía muy bien a mis planes.

El camión se situó en la sala donde se iba a dar la fiesta horas más tarde y en el que un ejército de obreros de ambos sexos estaban dando los últimos toques a la decoración. Las flores abundaban, y pensé que la idea de Ilh—Tekir era cubrir con ellas más tarde los numerosos cadáveres de sus enemigos invitados a la fiesta.

Las bombas empezaron a funcionar, vaciando el contenido de la cisterna en el estanque, de unos diez metros en cuadrado por dos de profundidad. Hambrientos, los pececillos se agitaron como relámpagos de plata.

Empecé a mirar a míalrededor, buscando la ocasión de colarme por algún sitio que me permitiera llegar hasta las habitaciones donde Yanah estaba encerrada. De pronto, vi a un esclavo que se

esforzaba por quitar un largo tablón.

—Yo te ayudaré —me ofrecí.

El sujeto me arrojó una mirada indiferente. Debió de pensar que era un nuevo esclavo, por lo que se limitó a contestar un seco «Gracias», sin importarle ya demasiado de mí.

Llevamos el tablón a una estancia situada a treinta o cuarenta pasos del vasto salón de fiestas. El esclavo se marchó, sin ocuparse más de mí.

La habitación era unaespecie de almacén donde se guardaban muchos objetos, muebles entre ellos. Agarré una pesada silla y la levanté sobre mi cabeza, saliendo acto seguido de la habitación con paso firme y presuroso.

Gómezme había facilitado un detallado plano del palacio, merced al cual pude localizar con facilidad la estancia donde Yanah se hallaba encerrada. Tal como me había dicho la hermosa Raysha, había dos hombres de guardia ante la puerta.

—¡Abrid! —ordené—. Traigo esta silla para la joven que habita la pieza del otro lado.

Uno de los guardias me miró con recelo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—Ilh—Tekiren persona.

El guardia vaciló. Por un instante, pareció como si fuera a abrirmela puerta. Pero al segundo siguiente, su compañero intervinode manera radicalmente distinta.

—Ilh—Tekirno ha podido darte esa orden —dijo—. Está dispuesto que esta puerta sólo se abra en su presencia...

No le dejé terminar la frase; el pesado armatostevoló por los aires, alcanzándole de lleno en el rostro. Sonó un crujido y el soldado se desplomó al suelo sin sentido.

El otro inventó reaccionar. Era ya tarde; se encontró con un puño en plena mandíbula, que lodejó inconsciente en el acto.

La puerta estaba cerrada, pero no tardé en encontrar la llave entre las ropas de uno de los caídos. Abrí la puerta y pasé al otro lado.

—Yanah.

La muchacha se levantó al instante, mirándome con gesto lleno de extrañeza. Entonces, me saqué de la boca los dos trozos de goma y los tiré a un lado.

Los ojos de Yanah se dilataron.

—Soy yo —dije.

Por unos momentos, llegué a creer que iba a desmayarse. Avancé hacia ella. Yanah corrió hacia mí y se colgó de mi cuello con gesto frenético y lleno de gratitud.

— ¡Dios mío! ¡Estás vivo, Franz! ¡No puedo creerlo! ¡Ese miserable de Ilh—Tekirme anunció que habías muerto! —Las palabras se atropellaban en su boca—.Pero ¿cómo pudiste…?

—Hablaremos más tarde —dije, cortando las efusiones—. Ahora no tenemos tiempo de andarnos con explicaciones. Tenemos que huir.

—Pero… ¡es imposible, Franz! ¡Todas las salidas están vigiladas!

—No te preocupes —contesté—. Siempre hay un medio de escapar.

Salí fuera de la estancia y entré a los dos soldados, uno a uno, tirando de sus ropajes. Arranqué el casco de uno de ellos y se lo entregué a la muchacha.

—Ahora hay mucho jaleo con la fiesta que están preparando…—dije—Si te vistes con el uniforme de estos tipos pasarás inadvertida.

—Lo haré ahora mismo —contestó ella, sin importarle demasiado el cambio de indumentaria.

Pocos momentos después, Yanah estaba transformada en un soldado más de la guardia. Por suertesu elevada estatura era una ventaja para usar las ropas del sujeto a quien se las habíamos arrebatado y en cuanto a las curvas anatómicas que hubieran podido delatar de modo inequívoco su condición femenina, estaban ocultas bajo la vistosa coraza que usaban aquellos sujetos.

Sus largos cabellos rubios quedaron recogidos bajo el casco, cuyo barboquejo sujeté debidamente.

—Procura caminar con paso firme detrás de mí —dije—. Si alguien te formula alguna pregunta, dile que me has sorprendido robando y que me llevas a presencia del comandante de la guardia.

—Eso puede resultar peligroso —dijo Yanah con temor en su voz.

—Estar dentro de esta cueva de asesinos es peligroso de por sí —contesté, empujándola por un brazo —. Vamos y recuerda bien lo que te he dicho.

Salimos de la habitación, que cerré con llave, arrojándola luego

por una ventana próxima. Yanah se situó detrás de mí, colocando la punta de su espada en mis riñones. No me atreví a dejarla usar la pistola atómica, temeroso de que cometiera alguna imprudencia, ya que ella desconocía por completo su manejo.

Caminamos sin obstáculos hasta llegar a la planta baja. Entonces, cuando ya creíamos haber sorteado la mayor parte de los escollos, Ilh—Tekirsurgió de repente ante nosotros con una pistola en la mano.

Detrás de mí, Yanah exhaló un gemido de angustia. Yo apreté los labios.

Tenía unapistola atómica bajo la ropa, pero en cuanto tratase de sacarla, Ilh—Tekirme fulminaría.

CAPÍTULO XIV

Losojos de Ilh—Tekir despidieron un maligno relámpago de odio. La mano que empuñaba su pistola se movió un poco.

—Entrad ahí —dijo. Cruzamos el umbral de la puerta y pasamos al salón. —Mirad al estanque.

Me estremecí. El agua burbujeaba y se agitaba, produciendo un hervor del que brotaban destellos plateados entre las espumas rojas de los incesantes remolinos producidos por el frenético movimiento de los pececillos que devoraban su presa.

—¿No te imaginas quién es? —preguntó Ilh—Tekir con acento que escalofriaba.

Volvíla cabeza hacia el sujeto.

—No—contesté.

—Te salvó en Kxi—Ntal. Te introdujo en el palacio. Ese es el castigo que ha recibido un traidor, el mismo que recibirás tú dentro de poco.

Yanah se apretó junto a mí. Salvo tres o cuatro soldados que estaban al otro lado, el vasto salón aparecía desierto. Era indudable que Ilh—Tekirno quería demasiados testigos de ciertos actos.

—Muy bien —dije —. Tu suerte no será mejor.

El anillo está en poder de quien debe estar. Ya se conocen los nombres de todos los conspiradores y tus proyectos. El embajador no asistirá al banquete, ni tampoco ninguno de los terrestres

invitados. Todos los terrestres están en lugar seguro, convenientemente protegidos por lidonianos amigos no sólo de ellos, sino de terminar con el actual estado de cosas. El Consejo Supremo de Supergobemadores ha recibido una copia del hilo magnetofónico que tú sabes muy bien. La Liga de Sistemas Unidos recibirá otra a no tardar mucho. Y, por si todo esto teparece poco, te diré que Yanah no consentirá jamás en ser la esposa del asesino de su padre. ¿Necesitas que te cuente más cesas sobre la conspiración o tienes ya bastante, Assam Ilh—Tekir?

El sujeto se quedó boquiabierto. En un segundo se dio cuenta de que todo el edificio que con tanta paciencia y tenacidad había construido, se derrumbaba con estrépito, arrastrando en el hundimiento sus ansias de poder y de dominio.

Lanzó unchillido frenético, de loco.

—¡Eso no es verdad… y aunque lo fuera, tú no lo verás! ¡Salta, salta u os abraso a los dos!

Especulaba con la posibilidad de que yo debía procurar que Yanah no sufriese daño alguno. Por el contrario, la muchacha se apretó aún más contra mí.

—Dispara, miserable —le apostrofósin temor. No te daré el placer de verle morir a él solo.

El rostro de Ilh—Tekir sufrió una demoníaca transformación. Su mano se crispó sobre la culata del arma, dispuesto a abrasarnos con el disparo desintegrante.

En aquel momento, un objeto duro le golpeó la mano con fuerza. La pistola saltó por los aires.

Ilh—Tekirlanzó un rugido de rabiaal verse desarmado. Quiso recoger el arma, pero la mía había salido ya a relucir.

—¡Quieto! —le ordené —. No me hagas disparar; debes ser juzgado públicamente.

Se incorporó despacio, dirigiéndome una mirada de odio impotente.

Luego volvió los ojos hacia Raysha, que era quien, acercándose por detrás, le había desarmado.

—¡Tenías que ser tú, perra traidora! —gritó, lívido de ira.

—Una vez te lo advertí —dije—: quienmenos te esperases, te haría traición, que en este caso, no ha sido sino ayudar a la justicia. Gracias por tu intervención, Raysha.

—Era lo menos que podía hacer por vosotros —contestó la bella pelirroja—. En cierta ocasión, sentí una debilidad. Creo que ahora estaba obligada a reparar lo que hice.

—Ni siquiera llegaste a ejecutarlo, así que no te preocupes más —contestéen tono benevolente—. Yahora...

En aquel instante, un revuelo se produjo fuera del salón. La puerta se abrió de pronto y dos sujetos ataviados con elegancia, seguidos de un puñado de hombres, algunos de ellos armados, irrumpieron en la estancia.

Gómezy el embajador terrestre figuraban en la comitiva. Ilh—Tekirreconoció a los dos Supergobernadores y comprendió al instante la suerte que le esperaba.

Lanzó un grito de rabia frustrada, un alarido de cólera infinita, propio más de un demente que de una persona sana y, de pronto, actuando contra todas las previsiones, echó a correr.

Estaba frenético y sólo ansiaba huir. De pronto, resbaló en el pulido suelo y empezó a caer.

Manoteó enloquecido, buscando un asidero que no podía hallar. Fascinados por la escena, contemplamos su zambullida en el estanque, mientras los ecos de su último chillido de espanto rebotaban porlas vastas bóvedas del salón.

Las aguas hirvieron de pronto. Yanah emitió unsordo gemido y, volviéndose de espaldas al estanque, ocultó su cabeza en mi pecho.

Las aguas se tornaron rojas otra vez.

* * *

Gómezse acercó más tarde a Yanah y amí.

—Bien —dijo, satisfecho—, ¿qué intenciones tiane ahora esta pareja? Por supuesto —añadió—: el viaje de vuelta está pagado... para los dos, si así lo deseáis.

Mi brazo estaba en torno a los hombros de Yanah.

—Unabuena idea —dije—. Aprovecharemos el viaje para dos cosas.

—La una de miel, una de ellas—dijo Gómez—. ¿Cuál es la otra?

Extendíla pierna lisiada.

—Deseoque me hagan un arreglo de este condenado tobillo—dije.

—A mi no me importa—protestó Yanah, mirándome con amor en sus ojos.

—Bueno, pero como lo van a pagar los amigos del amigo Gómez... ¿Ono? —preguntécon intención.

—Está bien;pagaremos los gastos de tu curación.

—Y, otra cosa, no se olvide también de que se me deben once años de sueldo de capitán patrullero. No deseo seguir en el oficio, pero, ¡qué diablos, son unos cuantos miles de créditos!

—Lo tendré en cuenta —afirmó Gómez. De pronto, desvió la mirada hacia Raysha que permanecía quieta, apartada a un lado, con actitud entre avergonzada y desorientada—. Creo que esa chica tan guapa estánecesitando un poco de consuelo —dijo,y se acercó a ella.

Rayshasonrió al verlo acercarse. Entonces, yo cogí a Yanah entre mis brazos y la miré al fondo de los ojos.

—Vasa casarte con un odiado terrestre—dije.

Yanah emitió un gozoso suspiro, medio segundo antes de besarme.

—En elfondo —dijo—, creo que eso es loque siempre deseé, Franz.

FIN